

# LITERATURA CHILENA en el EXILIO

**1**

ENERO, INVIERNO DE 1977  
EDICIONES DE LA FRONTERA  
LOS ANGELES, CALIFORNIA

# SUMARIO

VOL 1 - No. 1

	1	Editorial
Pablo Neruda	2	Quiero agregar, por último
Gabriela Mistral	2	No creo en la mano militar
Gabriela Mistral	3	Recado a Neruda
Bernardo Subercaseaux	5	Gabriela Mistral: Espiritualismo y Canciones de Cuna
Poli Délano	11	El Mar
Juan Epple	13	Monólogo de Segis
Luis Domínguez	14	Argumento
Hernán Valdés	17	Tejas Verdes
	22	Poesía
Omar Lara	23	Ocho Poemas
Luis Roberto Vera	24	California, 11 de Septiembre' 73
Juan Eduardo Esquivel	24	Recordando a los Poetas
Efraín Barquero	24	Nunca lo Olvides
David Valjalo	24	31 de Diciembre de 1973 / Pan
José de Rokha	25	¿ Donde está ?
Sergio Macías	25	Cinco Poemas
Jaime Valdivieso	26	Carta a Gabriela Mistral
Mahfud Massis	26	Destino
Oswaldo Rodríguez	26	Tres Poemas
Miguel Otero Silva	27	La Última Vez que Vi a Neruda
Espiga	28	La Noche en que Murió Pablo Neruda
Armando Cassigoli	29	Última Visita a Pablo Neruda
Gonzalo Rojas	31	Carta a Pablo Neruda desde Sabana Grande
Alejandro Witker	32	Palabras de Homenaje a Gabriela
Radomiro Tomić	33	Despedida a Gabriela Mistral
	35	Libros
	36	Documentos

LITERATURA  
CHILENA  
EN  
EL EXILIO

Fernando Alegría  
Director

David Valjalo  
Editor

Jaime Concha  
Nelson Osorio  
Consejo Editorial

Gabriel García Marquez  
Comité Internacional \*

Director. P.O.Box 3723,  
Stanford, Ca. 94305

Editor: P.O.Box 3013  
Hollywood, Ca. 90028

Impreso por The Frontera Press,  
Los Angeles, California

Copyright: Literatura Chilena  
en el Exilio

\* *Comite Internacional,  
Gabriel García Marquez, Presidente.  
Nomina de integrantes en el proximo numero.*

---

Vol. 1 No. 1

---

Año 1 No. 1

---

Enero 1977, California, USA.

La Revista de Literatura Chilena en el Exilio, se funda por las siguientes razones:

Bajo el gobierno de las Fuerzas Armadas en Chile no existe libertad de pensamiento ni de expresión; las universidades han dejado de ser organismos de cultura para transformarse en centros de coerción y adiestramiento político pretendiendo, según declaración explícita de personeros de la Junta, formar una generación que responda a los intereses del gobierno de facto bajo la disciplina férrea de rectores militares.

Como consecuencia de las medidas tomadas por la dictadura se ha producido un vasto éxodo de investigadores y escritores chilenos hacia países que les ofrecen garantías de libertad y facilidades en su trabajo.

Creemos de toda necesidad vincular estrechamente a los intelectuales chilenos en el exilio, promover sus trabajos de investigación y creación y darles la amplia difusión que se merecen.

Nuestra revista aspira a cumplir esta misión en el campo de la investigación y creación literarias. Asimismo, promoverá lazos de sólida cooperación y unidad con los escritores progresistas de todo el mundo.

Declaramos nuestra firme voluntad de continuar esta publicación en el exilio hasta que se restablezcan en nuestra patria las condiciones de libertad y respeto a los derechos del hombre que han sido tradicionales del pueblo de Chile.

“ Quiero agregar, por último, que una entrevista como ésta debió haberse mantenido en lo posible, y esencialmente, como una conversación espiritual sobre las perspectivas y las derivaciones de la cultura. Pero quiero decir a los lectores de *Crisis* que la vida política de mi país, no me ha permitido limitarme de una manera idílica a temas que tanto me interesan. Qué vamos a hacer. Mi posición es conocida y mucho me hubiera gustado hablar largamente de tantos temas que son esenciales para nuestra vida cultural. Pero el momento de Chile es desgarrador y pasa a las puertas de mi casa, invade el recinto de mi trabajo y no me queda más remedio que participar en esta gran lucha. Mucha gente pensará hasta cuando, por qué sigo hablando de política, ahora que debería estarme tranquilo. Posiblemente tengan razón. No conservo ningún sentimiento de orgullo como para decir: ya basta. He adquirido el derecho de retirarme a mis cuarteles de invierno. Pero yo no tengo cuarteles de invierno, sólo tengo cuarteles de primavera.”

PABLO NERUDA

“ No creo en la mano militar para cosa alguna. Ni el escritor ni el artista, ni el sabio ni el estudiante, pueden cumplir su misión de ensanchar las fronteras del espíritu, si sobre ellos pesan las fuerzas armadas de un Estado Gendarme que pretende dirigirlos. El trabajador manual y el trabajador intelectual, no pueden permanecer indiferentes a la suerte del pueblo chileno y al derecho que éste tiene de expresar sus anhelos. América en su historia no representa sino la lucha pasada y presente de un mundo que busca en la libertad el triunfo del espíritu. Nuestro siglo no puede rebajarse de la libertad a la servidumbre. Se sirve mejor al campesino, al obrero, a la mujer y al estudiante, enseñándoles a ser libres, porque se les respeta su dignidad ”.

GABRIELA MISTRAL

leño y cascarones. Sus asuntos deben parecer antipáticos a los trotadores de senderitos familiares: son las ciudades modernas en sus muecas de monstruosas criaturas: es la vida cotidiana en su grotesco o su mísero o su tierno de cosa parada o de cosa usual; son unas elegías en que la muerte, por novedosa, parece un hecho no palpado antes; son las materias, tratadas por unos sentidos inéditos que sacan de ellas resultados asombrosos y es el acabamiento, por putrefacción, de lo animado y lo inanimado. La muerte es referencia insistente y casi obsesionante en la obra de Neruda, el cual nos descubre y nos entrega las formas más insospechadas de la ruina, la agonía y la corrupción.

Pocos sabores españoles se sacarán de la obra de Neruda, pero hay en ella esta vena castellanísima de la obsesión morbosa de la muerte. El lector atropellado llamaría a Neruda un anti-místico español. Tengamos cuidado con la palabra mística que sobajeamos demasiado y que nos lleva frecuentemente a juicios primarios. Pudiese ser Neruda un místico de la materia. Aunque se trata de el poeta más corporal que pueda darse (por algo es chileno) siguiéndole paso a paso, se sabe de él esta novedad que alegraría a San Juan de la Cruz: la materia en la que se sumerge voluntariamente, le repugna de pronto y de una repugnancia que llega hasta las náuseas; Neruda no es un adulator de la materia, aunque tanto se restrega en ella; de pronto la puñetea y la abre en res como para odiarla mejor... Y aquí se desnuda un germen eterno de Castilla.

Su aventura con las Materias me parece un milagro. El monje hindú lo mismo que M. Bergson, quieren que para conocer veamos por instalarnos realmente dentro del objeto. Neruda, el hombre de operaciones poéticas inefables, ha logrado en el canto de la Madera este curioso extrañamiento en la región inhumana y secreta.

El clima donde el poeta vive la mayor parte del tiempo con sus fantasmas habrá que llamarlo caliginoso y también palúdico. El poeta, eterno ángel abortado, busca la fiebre para suplirse su elemento original. Ha de haber también unos espíritus angélicos de la profundidad, como quien dice unos ángeles de caverna o de fondo marino porque los planos de la frecuentación de Neruda parecen ser más subterráneos que atmosféricos, a pesar de la pasión oceánica del poeta.

Viva donde viva y de la manera que sea su mensaje, el hecho de contemplar y respetar en Pablo Neruda es el de la personalidad. Neruda significa un hombre nuevo en la América, una sensibilidad con la cual abre otro capítulo emocional americano. Su alta categoría arranca de su rotunda diferenciación.

Varias imágenes me levanta la poesía de Neruda cuando dejo de leerla para sedimentarla en mí y verla tomar en el reposo una existencia casi orgánica. Esta es una de esas imágenes: un árbol adosado de lianas y musgos, a la vez quieto y trepidante de vitalidad, dentro de forro

de vidas adscriptas. Algunos poemas suyos me dan un estruendo tumultuoso y un pasmo de nirvana que sirve de extraño sostén a ese hervor.

Las facultades opuestas y los rumbos contrastados de la criatura americana se explican siempre por el mestizaje; aquí anda como en cualquier cosa un hecho de sangre. Neruda se estima blanco puro, al igual del mestizo común que, por su cultura europea, olvida fabulosamente su doble manadero. Los amigos españoles de Neruda sonrien cariñosamente a su convicción ingenua. Aunque su cuerpo no dijese lo suficiente el mestizaje, en ojo y mirada, en la languidez de la manera y especialmente del habla, la poesía suya llena de dejos orientales confesaría el conflicto, esta vez bienaventurado, de las sangres. Porque el mestizaje, que tiene varios aspectos de tragedia pura, talvez sólo en las artes entraña una ventaja y da una seguridad de enriquecimiento. La riqueza que forma el aluvión emotivo y lingüístico de Neruda. La confluencia de un sarcasmo un poco brutal con una gravedad casi religiosa y muchas cosas más, se las miramos como la consecuencia evidente de su trama de sangres española e indígena. En cualquier poeta el Oriente hubiese echado su garra, pero el Oriente ayuda solo a medias y más desorienta que favorece al occidental. La arcilla indígena de Neruda se puso a hervir el primer contacto con el Asia. 'Residencia en la Tierra' cuenta tácitamente este profundo encuentro. Y revela también el secreto de que, cuando el mestizo abre sin miedo su presa de aguas se produce un torrente de originalidad liberada. Nuestra imitación americana es dolorosa; nuestra devolución a nosotros mismos es operación feliz.

Ahora digamos la buena palabra: americanidad. Neruda recuerda constantemente a Whitman mucho más que por su verso de vértebras desmedidas por un resuello largo y un desenfado de hombre americano sin trabas ni atajos. La americanidad se resuelve en esta obra en vigor suelto, en audacia dichosa y en ácida fertilidad.

La poesía última (ya no se puede decir ni moderna ni ultraísta) de la América debe a Neruda cosa tan importante como una justificación de sus hazañas parciales. Neruda viene detrás de varios oleajes poéticos de ensayo, como una marejada mayor que arroja en la costa la entraña entera del mar que las otras dieron en brazada pequeña o resaca incompleta.

Mi país le debe favor extraordinario: Chile ha sido país fermental y fuerte. Pero su literatura, muchos años regida por una especie de Senado remolón que fué clásico con Bello y pseudo clásico después, apenas si en uno u otro trozo ha dejado ver las entrañas ígneas de la raza, por lo que la chilenidad aparece en las Antologías seca, lerda y pesada. Neruda hace estallar en 'Residencia' unas tremendas levaduras chilenas, que nos aseguran porvenir poético muy ancho y feraz. ●

# Gabriela Mistral: Espiritualismo y Canciones de Cuna

● BERNARDO SUBERCASEAUX

## 1. Preferencias modernistas y espiritualismo

La vocación espiritual y la sensibilidad trascendente de Gabriela Mistral han sido — con frecuencia — interpretadas como dimensiones estéticas específicamente femeninas, pertinentes a una corporeidad transida de alma (1). Sin desconocer las posibilidades psicoanalíticas de esta vía, nos inclinamos — frente a una explicación que resulta, en última instancia, ontológica — por una que rebase el ámbito individual y apunte hacia la circunstancia y raigambre histórica del espiritualismo, en tanto cosmovisión que nutre su obra temprana y sus canciones de cuna.

A fines del siglo pasado y comienzos del presente, llegado el momento de evaluar la acción dinámica desatada en las últimas décadas por la burguesía liberal, resaltaban en varios países hispanoamericanos, en lugar de 'Orden y progreso', signos de incertidumbre y hasta pesimismo. En Argentina,

por ejemplo, un cronista de la época describía la cada vez más estrecha relación entre la burguesía y la oligarquía terrateniente no como una asociación de cerebros para modernizar el país, sino, literalmente, como 'una junta de panzas con panzas'. En Perú, Manuel González Prada era el portavoz de aquellos que percibían en la democracia burguesa un puro disfraz retórico del antiguo orden de la colonia. En Chile, hacia 1910, ensayistas como Nicolás Palacios, Alejandro Venegas, Tancredo Pinochet y Francisco Antonio Encina, advertían — diagnosticando el desarrollo del país a cien años de su independencia política — la caída vertical del espíritu cívico y una corrupción generalizada en las funciones públicas (2). A la crítica variada se sumaba también la apatía. La involución del pensamiento liberal, los excesos cientificistas del positivismo y su progresiva identificación con el statu-quo, habían contribuido a desinteresar a las capas intelectuales de la burguesía por la acción política como proyecto de aspiración y destino personal. Como confiesa Luis Alberto Sánchez (3), los jóvenes que se formaron entre 1900 y 1920 experimentaban cierta ingenua repugnancia ante la política, 'veníamos' dice, 'de regreso del naturalismo, y nada hay tan natural y naturalista como la política'.

En este contexto, el espiritualismo de Rodó, que intentaba con *Ariel* de 1900 — conciliar la cultura y la meritocracia del espíritu con la tradición democrática, atrajo de inmediato las preferencias de los jóvenes e intelectuales de comienzos de siglo. Examinando el pasado: Rodó rescataba los valores de la cultura clásica y del cristianismo y fustigaba los excesos insuficiencias del positivismo cientificista. Delineando el futuro: proyectaba un porvenir abierto para Hispanoamérica, encarnado, más que en el progreso industrial, en los valores espirituales y en la juventud como portadora de ellos. Frente a la concepción pragmática del hombre como un puro ser natural, carente de alma, sin espíritu, Rodó propiciaba un desarrollo del arte, del 'ideal', de la intuición, en suma, de todos los valores espirituales (4), y lo propiciaba no tan solo para el individuo, sino también — ante la amenaza del 'american way of life' — para las diversas instancias públicas e institucionales de la vida hispanoamericana. Además de encauzar el sustrato anímico latente en los medios artísticos de 1900, Rodó vino a proporcionar un fundamento histórico de largo alcance a la sensibilidad modernista, al entusiasmo multifacético por el arte y el espíritu.

Así como el positivismo había sido, más que una filosofía, una actitud mental y una creencia, así también el espiritualismo era hacia 1905, más que un horizonte filosófico del modernismo, un estilo intelectual, un estilo caracterizado por su vocación trascendente, un estilo que se inclinaba por lo evocador frente a lo explícito, por lo inefable y latente frente a lo literal y manifiesto. En ciudades como Santiago y Caracas, circulaban pues, entre 1900 y 1915, revistas diagramadas con motivos de la botánica heráldica y mitológica, revistas en que las imágenes gráficas más frecuentes eran figuras femeninas emergiendo de la niebla o musas que tañían el arpa con tules al viento. Revistas en que los poemas y las 'canciones' acudían una y otra vez al tópico de lo inmanente y lo eterno, a la relación entre el modo de ser de la materia y el modo de ser del espíritu, al contraste entre el amor carnal y el amor como revelación trascendente.

La sensibilidad imperante, influida en cierta medida por las filosofías anti-racionales europeas, estimulaba además tratándose del cultivo del espíritu, todas las vías posibles: desde la teosofía (5) hasta el entusiasmo ilimitado por la belleza, desde la religión hasta el ocultismo, desde el éxtasis amoroso hasta el espiritismo y la filosofía oriental. En el contorno de este sistema de preferencias, Lucila Godoy Alcayaga fué elaborando la personalidad poética de Gabriela Mistral, asumiendo — de acuerdo a su origen y a su biografía elquína — más que la

renovación temático-verbal rubendariana, esa otra fuente subterránea de la sensibilidad modernista: la cosmovisión espiritual de tradición neoplatónica y romántica (6), la concepción del hombre como un ser escindido en cuerpo y alma, la vocación trascendente y antipositiva. Hacia 1915, entre sus 'maestros' predilectos no se encuentra el insigne vate de Nicaragua, figuran en cambio Vargas Vila, Rabindranath Tagore y Amado Nervo. Pero sobre todo Amado Nervo, el Amado Nervo de las embriagueces espirituales y de la lírica del sencillismo, el que poco después de la revolución mexicana escribía a un amigo (7) pidiéndole libros 'de marcada tendencia espiritualista, algo que me haga pensar en que no somos esa pobre cosa putrefacta que se deshace en los cementerios'.

En 1916, cuando la poetisa posiblemente vislumbraba sus primeras canciones de cuna, ha racionalizado ya su afinidad con el estilo intelectual trascendente, o como ella le llamaba. con el 'sentimiento religioso de la vida'. En una carta de ese año, escribe: 'Por el corazón, no por el cerebro, hasta mí han venido tantas ciencias, tantos conocimientos, que yo no cultivaría en la humanidad sino la sensibilidad i dejara atrofiarse un poco esa cosa horrible, perversa, glacial i antipática que es el cerebro' (8).

En torno a la cosmovisión espiritual, en su doble vertiente de *expiación dolorosa e integración utópica*, hay que situar la obra temprana de la poetisa, la recopilada en *Desolación* (1922), *Lecturas para mujeres* (1923) y *Ternura* (1924), la que incluye casi la totalidad de sus canciones de cuna (9).

Lo distintivo de la cosmovisión mistraliana, en relación al espiritualismo secular de Rodó, reside en su pronunciado contenido religioso y — aunque en germen todavía en las obras mencionadas (10) — en su profunda vivencia de lo indoamericano. Ideológicamente, el pensamiento y la cosmovisión de Gabriela Mistral pueden vincularse al humanismo cristiano de Jacques Maritain, particularmente en su intento constante por proyectar — por un lado — lo contingente hacia lo trascendente, y — por otro — por atraer lo trascendente hacia lo contingente, las normas del espíritu cristiano al mundo civil.

En nuestro trabajo, sin embargo, más que una caracterización abstracta de la cosmovisión espiritual mistraliana, nos interesa sorprender su funcionalidad poética, mostrar, en definitiva, como ella opera en relación con los hallazgos y la coherencia de una visión poética y de un sistema expresivo.

Las canciones de cuna constituyen, para este propósito, un conjunto importante y homogéneo de poemas, un conjunto que el Dr. Hjalmar Gulberg destacó expresamente al entregar el Premio Nobel de literatura, en 1945. La propia Gabriela Mistral tuvo por sus canciones especial predilección: una y otra vez las incluyó en libros inéditos, en textos de lectura y en la última selección que hiciera de su obra poco antes de morir. Las canciones de cuna constituyen, por lo tanto, un conjunto significativo para estudiar y comprender la visión poética mistraliana, un conjunto hasta ahora no estudiado monográficamente.

Valga lo señalado, en todo caso, como justificaciones previas puesto que en definitiva será el resultado del análisis el parámetro para juzgar el acierto o desacierto de nuestra elección.

## II. Cancionero tradicional.

Aún partiendo del supuesto de que las canciones de cuna mistralianas son poemas líricos, no podemos ignorar que en ellas se asume una situación imaginaria — la madre que adormece a su hijo — que precede al texto y en la que se inserta el hablante poético. Este tácito escenario justifica su denominación y está vinculado a una larga tradición oral, a una tradición que es, en sentido estricto, extraliteraria.

A fines de la década del veinte, Federico García Lorca (11) recordaba que no es en las catedrales sino en las canciones de cuna donde está vivo el pasado de España. Mientras en Francia y Alemania — decía el poeta — las canciones son suaves y monótonas, de texto irrelevante, en España en cambio, desde Asturias hasta Andalucía, están infiltradas por un sentido dramático de la vida; mientras el lenguaje de las nanas europeas — decía — se caracteriza por una función sonora que sólo pretende incitar al sueño, imitando el ritmo físico de la cuna o el de alguna melodía, en España, en cambio — agregaba — están tejidas en una lengua que a menudo hiere la sensibilidad infantil.

Gabriela Mistral tenía muy presente la filiación peninsular de las canciones de cuna hispanoamericanas. 'Es bien probable', decía, refiriéndose a ellas (12), 'que nunca las haya hecho el pueblo criollo sino que siga cantando hace cuatro siglos las prestadas de España, rumiando pedazos de arullos andaluces y castellanos, que son maravilla de gracia verbal'.

Una nana recogida en Salamanca, España, dice:

Duérmete, mi niño  
que tengo que hacer,  
lavarte la ropa  
ponerme a coser.

Y otra, recopilada en Chile (13):

Hace tuto guagua,  
que tengo que hacer;  
lavar tus mantillas,  
sentarme a coser.

En otras canciones, tanto peninsulares como hispanoamericana la madre atemoriza al hijo con el 'coco' (el 'cuco' en Chile y Argentina), con el toro, con la 'reina mora', con un gigante o una gitana. Manuel Chavarría (14) recoge una canción en que madre inventa un personaje feroz y, al mismo tiempo, ofrece al hijo, solapadamente, el refugio del sueño:

No vengas gigante  
de cara feroz  
a asustar al niño  
de mi corazón.  
Toma otro camino  
marcha por allí  
porque mi pequeño  
ya se va a dormir.

La canción de cuna de mayor arraigo en Hispanoamérica, y también en Chile, parece ser aquella en que al niño se lo coloca en situaciones inciertas, en que el hilo maternal aunque no se corta se adelgaza, introduciendo factores desconcertante que llevan al chiquito a cobijarse en el sueño y que reflejan también aspectos de la realidad incierta de la madre. Mundo dramático de la mujer de pueblo que se infiltra incluso en las nanas de tema religioso:

María lavaba,  
y San José tendía  
la guagua lloraba  
del frío que hacía (15).

Las canciones mistralianas difieren notablemente de esta tradición; en ellas no hay grietas ni premura por las tareas de hogar, la madre-hablante a través de la canción de cuna consigue, justamente, anular ese mundo real, acceder a la eternidad, a la correspondencia armoniosa con el entorno, a la plenitud del ser, a un temple de ánimo gozoso del que no quisiera desprenderse jamás. 'La canción de cuna tiene sentido nos dice la poetisa (16) 'en cuanto a cosa que la madre se regala a sí misma y no al niño que nada puede entender, a menos de 'guagüetear' a grandullones de tres años...' Motivos bíblicos y elementos zoomórficos de los arrumacos tradicionales, adquieren en las canciones de la poetisa un sentido inverso: en 'Canción de Taurus', por ejemplo, el

oro amenazante se convierte en el 'yo' celestial de los dísticos, el que se identifica como 'lechoso' y 'color miel', el que dice:

No duermo ni me apago  
para no serte infiel.

En las canciones mistralianas hay también — como en la canción de cuna europea — aliteraciones, sonoridad y ritmo; pero, integrados funcionalmente al temple de ánimo del 'yo', imitan, más que musicalidades externas, el estado de alma del hablante lírico, y revelan en este sentido una total coherencia entre el nivel de lo expresado y el de la expresión. El ritmo no es — como en las nanas tradicionales — sonoridad hueca, corresponde en cambio a una vivencia total, a una actitud, a una sentido y a una imagen del mundo.

'Nosotros' decía Gabriela Mistral, refiriéndose con modestia a sus canciones (17), 'tal vez hemos armado algunas frases sobre los alambres ancestrales o hemos zurcido con algunos motes criollos las telas originales'. Todo parece indicar, sin embargo, que la poetisa no es la simple versificadora criolla de una tradición y de motivos líricos que la preceden, por el contrario, ella se ha servido de las canciones de cuna — de su 'con-texto' imaginario, de algunos elementos y motivos convencionales, de sus cuartetos octosilábicos de rima asonante, de sus redondillas de pares quebrados, de sus dísticos — para verter en ellas su propia cosmovisión (18) y plasmar las preferencias de su particular intuición poética. En este sentido, parece perfectamente lícito considerar sus canciones como poemas líricos en que el hablante ficticio constituye el estrato fundamental, como poemas en que el 'yo' se pone de manifiesto, en que la madre — al mismo tiempo hablante y oyente — expresa y objetiva su temple de ánimo.

### III. Plenitud del 'yo'

El tono y contexto imaginario de las treinta y cuatro canciones mistralianas permiten — por su persistencia — postular la identidad del hablante, tratar al 'yo' ficticio de cada poema como un hablante ideal, como un hablante que conviene, por ahora, — desde un punto de vista metodológico — no confundir con la persona real de la poetisa; como una voz a la que designamos indistintamente 'la madre', 'la madre-hablante' o el 'yo lírico'. El temple anímico de la madre-hablante se caracteriza por una plenitud íntima, concomitante a la situación imaginaria que constituye al poema en canción de cuna. Desde esta perspectiva, el lenguaje del hablante funda el mundo y simultáneamente, su actitud frente a él. No es, por lo tanto, el camino hacia la plenitud lo que se poetiza, sino su gozo: la mirada desde la cúspide y, de repente, el vértigo del vacío. Voz de la posesión y no de la búsqueda. El lenguaje de las canciones objetiva esta intensidad del ser, representa — en el plano de la expresión y de lo expresado — una *plenitud espiritual* del hablante, una plenitud que va también acompañada por *plenitud física y estética*.

Quando yo te estoy cantando,  
se me acaba la crueldad:  
suaves son, como tus párpados,  
¡ la leona y el chacal !

(‘Suavidades’)

La purificación, la espiritualidad de la madre se exterioriza en su capacidad para trascender la materia, constituye uno de los aspectos más relevantes del 'yo' lírico, y está fundada explícitamente en la maternidad. En el poema en prosa 'La dulzura', la madre dice: 'Por el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es religioso todo mi corazón, desde que lleva el misterio'. Por *religioso*, debe entenderse aquí: un modo sensible e intuitivo de conocer la naturaleza y el hombre, de 'sentirlos' como expresión de la grandeza divina; *religiosidad* como una forma de vida espiritual, como una opción contraria a la explicación científicista y positivista del mundo.

‘La materia — decía Gabriela Mistral en 1922 (19) — está delante de nosotros, extendida en este inmenso panorama que es la naturaleza con la intención aparente de hacernos olvidar lo invisible, apegándonos a su hermosura, y nuestro cuerpo está susurrándonos que él es nuestra única y seria realidad. Son los dos tentadores, son los dos insignes engañadores.

Religiosidad es buscar en esa naturaleza su sentido oculto y acabar llamándola al escenario maravilloso trazado por Dios para que en él trabaje nuestra alma... Religiosos fueron Leonardo... El hurgó en la materia y la exprimió más como un sabio en su laboratorio que como un artista, y vió que había un resplandor detrás de su espesura ciega. Religioso Shakespeare, el retoñidor de la pasión humana. La intensidad es don espiritual; Shakespeare eleva el amor o el odio hasta que aparecen de tal modo maravillosos que salen del plano de la simple realidad fisiológica y entran en lo angélico o lo diabólico, entran en el espíritu.\*

La capacidad de trascender lo contingente, es entonces, en una visión disociada del hombre, un don del espíritu, del alma, y como tal permite a la madre-hablante superar las limitaciones espacio-temporales de su ser objetivo: estar en compañía aunque esté sola, alcanzar la eternidad aunque sea mortal, anular el mundo exterior aunque esté instalada en él.

Según sus propias palabras, desde que canta a su hijo, la madre está en un estado de 'compañía y soledad' (20), compañía que se refiere no sólo a la presencia del niño sino sobre todo a la correspondencia y armonía con la naturaleza, con el universo cósmico y la divinidad. Desde este punto de vista, las canciones de cuna se centran — como toda la poesía de Gabriela Mistral — en la experiencia del amor como revelación trascendente, como posibilidad humana de intuir lo absoluto y lo eterno.

El mar sus millares de olas  
mece, divino.  
Oyendo a los mares amantes,  
mezo a mi niño.  
El viento errabundo en la noche  
mece los trigos.  
Oyendo a los vientos amantes,  
mezo a mi niño.  
Dios padre sus miles de mundo  
mece sin ruido.  
Sintiendo su mano en la sombra  
Mezo a mi niño.

(‘Meciendo’)

El arrullo conjura, en este poema, el tránsito desde el mundo interior al espacio infinito, la experiencia externa (el ruido de mares y vientos) se transmuta para la experiencia interna en silencio, en ausencia que es presencia superior; el tránsito se realiza también al nivel del lenguaje: en el poema confluyen la musicalidad de la naturaleza, del mar y del viento, con el ritmo del arrullo y el compás espiritual de la madre que mece. La maternidad — producción de un ser vivo por un ser vivo — evoca el misterio de la creación divina y el contacto con lo eterno. La muerte, en el contexto de esta intuición básica, representa la antítesis extrema de la maternidad, el 'yo' lírico la caracteriza expresamente (21) — y con mayúsculas — como la 'Contra-Madre del Mundo', como la 'Convida-gentes'.

La intensidad espiritual de la madre dilata también el ensueño; va disolviendo el mundo exterior (22):

Carnecita blanca,  
tajada de luna:  
lo he olvidado todo  
por hacerme cuna.

(‘Corderito’)

Sus sentidos se concentran pero también se expanden, a la plenitud íntima corresponde una *plenitud física*, una ampliación de los órganos sensoriales del 'yo' lírico. En la

noche la madre que mece es capaz de experiencias auditivas extremas, de escuchar simultáneamente el rumor de los mares y de los vientos; y en el día, de establecer correspondencias visuales con los distintos elementos del entorno (23). La morada íntima y el espacio externo se estimulan mutuamente, en una relación que por estar fundada en la intimidad del hablante, se gesta por igual en la noche como en el día, ante el objeto más próximo — el propio cuerpo de la madre — como ante el más lejano: el espacio sideral.

La plenitud espiritual y física del 'yo' atrae también una *plenitud estética*. En un poema como 'Meciendo', el estado espiritual se traduce en virtud estética, en la distensión entre norma rítmica y versos concretos, en la confluencia entre sonoridad, imagen y sentido del mundo. Los hallazgos idiomáticos arrancan, entonces, de una circunstancia específica: el ser-madre. La poesía, como representación original, como apropiación y vivencia única de la realidad, se funda en la maternidad; existe entre ellas — en el mundo poético de las canciones — una relación de dependencia: la maternidad como vivencia espiritual privilegiada, como intuición de eternidad, sólo puede ser objetivada mediante la lengua, mediante el quehacer poético. El 'corazón religioso' — la capacidad de trascender la realidad, de descubrir en ella su sentido oculto y de ver tras la corteza de las cosas — es, además, una virtud poética. Gracias a ella el río es 'río-miel', y el niño hierbecita temblorosa asombrada de vivir' o 'estrellita' 'que en las sábanas echa luz y tiembla'.

La madre-hablante patentiza también en lenguaje, su belleza íntima, se jacta de ella en 'su decir':

La rosa, digo:  
digo el clavel.  
La fruta, digo  
y digo que la miel;

(“Con tal que duermas”)

La canción es depositaria del temple de ánimo de la madre que acuna; como lenguaje comunica plenitud.

#### IV. La maternidad como utopía

En la canción 'Niño chiquito' la madre describe a su hijo como un 'si-es no-es de este mundo' esta figura de lenguaje concentra — como veremos — las varias significaciones de la plenitud y temple lírico del hablante.

1. Contexto ético-religioso: el núcleo básico de la cosmovisión poética mistraliana — centrada en la experiencia del amor como revelación trascendente — es la antigua dicotomía cristiana de alma y cuerpo (24), aquella en que los atributos del cuerpo, movidos por el instinto, representan lo que es imperfecto, contingente. Y los del alma, en cambio, lo ilimitado, perfecto y trascendente. Una dicotomía en que el cuerpo es la parte del ser humano condenada al aislamiento, y al esplendor efímero; y el alma, en cambio, lo que podría unir a los hombres en una comunidad espiritual superior. La plenitud humana, sin embargo, sólo se logra integrando estos dos reductos del ser. La necesidad e imposibilidad de esta unión se traducen para el hombre en una permanente tensión ético-religiosa. En este sentido, con excepción de 'la madre', los personajes líricos de Gabriela Mistral padecen la conciencia trágica de vivir, por una parte impulsados hacia la búsqueda de lo absoluto, y por otra, atados al orden relativo de lo contingente. Esta conciencia trágica de la existencia, que concibe al hombre como un ser disociado, se resuelve en la visión de la vida humana como *expiación dolorosa*.

En *Desolación* de 1922, primer libro de la poetisa, predomina en torno al tema del amor personal este tono expiatorio y desgarrado, el amor está concebido como apetencia que trasciende la sensualidad del instante, pero que sin embargo está obligado a manifestarse a través del cuerpo, en seres sujetos a la contingencia de la muerte.

De este primer libro Gabriela Mistral se despide con un Voto: 'Dios me perdone' —dice— 'este libro amargo, y los hombres que sienten la vida como dulzura me lo perdonen también. En estos cien poemas queda sangrando un pasado doloroso en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme. La dejo tras de mí como la hondonada sombría y por laderas más elementales subo hacia las mesetas espirituales donde una ancha luz caerá, por fin, sobre mis días. Yo cantaré desde ellas las palabras de la esperanza, sin volver a mirar mi corazón...'

La búsqueda de 'las palabras de la esperanza', de la integridad y armonía entre lo trascendente y lo terrenal, la llevará a centrarse en *Ternura* de 1924, en la visión de una etapa privilegiada del ser humano: la infancia. El tono predominante de este nuevo libro está dado, precisamente, por las canciones de cuna; *Ternura* alude a 'cariño', 'dulzura', pero también a lo que es *tierno*, a la criatura humana que recién vive. El temple lírico, desde la perspectiva de la madre, se detiene en el nuevo ser como vivencia del misterio de la creación, como paradigma de una existencia sin conflictos. El sentimiento maternal es, como experiencia del hijo, puente entre los dos reductos del ser humano: en el niño se fusionan el cuerpo y el alma, su ser objetivo (el 'si-es') con su ser espiritual (el 'no-es').

En uno de los poemas de la sección 'Casi escolares' de *Ternura*, la madre describe a un ángel guardián que guía y acompaña a los niños, pero que de repente los deja, abandonados que se explica en la penúltima estrofa:

Y aunque camine contigo apareado,  
como la guinda y la guinda bermeja,  
cuando su seña te pone el pecado  
recoge tu alma y el cuerpo te deja.

El final de la infancia coincide, entonces, con la pérdida de la inocencia, con la disociación del ser. Crecer, ser hombre, significa morir e implica — en un contexto ético-religioso — la conciencia trágica de que el alma es una esencia distinta del cuerpo. Desde esta óptica, los escasos momentos de vértigo que padece la madre responden a la angustia de constatar que la infancia es una etapa transitoria, que el tiempo y su meta: la muerte, son los factores negativos que acechan la plenitud. Por eso en la canción '¡Que no crezca!' pide, desesperada, que su hijo se quede para siempre con 'los cinco veranos que tiene'. La temporalidad, sin embargo, se hace presente sólo como un eco lejano, como una intranquilidad esporádica que no logra trastornar la visión predominante: la concepción de la maternidad como una isla utópica en una existencia signada por la tensión y el dolor.

La infancia está también representada — como etapa de integridad y armonía — en el motivo del sueño infantil (25). En 'Niño rico', la madre dice:

Yo no despierto a mi dormido  
la Noche Buena de Belén  
porque sueña con la Etiopía  
desde su loma del Petén

Y agrega, en la estrofa final:

El sueño mío que rompieron,  
no lo supe dormir después,  
y cuando lloro todavía  
lloro mi noche de Belén

La relación sueño-infancia está vinculada a la concepción romántica del sueño como momento de acceso a las realidades inusitadas, como instante en que el alma — con la ayuda del cuerpo que descansa — asciende a conocer. Al incorporar esta tradición la canción de cuna suma a su sentido habitual uno nuevo: la incitación al sueño se convierte en conjuración de una existencia celeste, el niño dormido representa la inocencia angélica, la relación perfecta entre cuerpo y alma, entre servidumbre y amor, entre lo que 'es' y lo que 'no es'.

2. Contexto mítico: en las canciones mistralianas el mundo socio-histórico es una ausencia. No hay elementos identificables con la vida moderna, no hay trabajo, no hay historia. Las canciones están, en un sentido lato, situadas fuera de época, o si se quiere en un tiempo discontinuo, recurrente, en un tiempo mítico que anula y transgrede al tiempo real.

El espacio geográfico es idílico, corresponde, como ya señalamos, a un espacio desplegado unilateralmente desde la intensidad íntima y no a una contemplación dialéctica desde la immanencia del mundo. Si bien, en algunas de sus canciones —'Niño mexicano', 'Arrorró elquino' y 'Arrullo patagón'— la poetisa introduce elementos propios del paisaje americano, se trata, más que de un intento de presentar la naturaleza 'desde la tierra', de un proceso de universalización de lo americano, de su incorporación a la maternidad en tanto experiencia mítica y genérica del hombre.

En varias de las canciones el tema de la maternidad está también asumido desde el mito cristiano de la Virgen María. En 'Meciendo' y 'Rocío', por ejemplo, la madre alude al carácter inmaculado y espiritual de la procreación:

Porque él ha bajado  
desde el cielo inmenso  
será que ella tiene  
su aliento suspenso

( 'Rocío' )

En 'El establo' se recrea el nacimiento de Belén, en 'Canción de Virgo' el 'yo' lírico se identifica explícitamente con la Virgen y en 'Estrellita' la madre describe a su niño como el Enviado, como el Salvador que espantará a los agentes del mal, redimiendo la naturaleza y el espíritu. Esta perspectiva mítica contribuye a enfatizar la vertiente espiritual del ser-madre, y atrae significaciones nuevas, integrando en el 'sí-es no-es de este mundo' — desde una tradición bíblica — la humilde del pesebre y la trascendencia divina, la carencia material y la abundancia espiritual.

3. Contexto antropocéntrico: la maternidad está también representada con rasgos propios a su significado habitual, con imágenes extremas de cariño, protección, nutrición, entrega y unidad fisiológica. Este contexto, a menudo el único identificado por la crítica, soporta se fusiona y confluye con los anteriores. El niño representa la posibilidad de realización humana, es la 'semilla', el 'cuerpecito que... espejea de cosas grandes por venir'. Encarna, como ser humano, la prolongación y el anhelo de supervivencia de la madre; es lo *que es*, pero también lo que *no es*: un repertorio de posibilidades, un destino abierto, una reserva ilimitada de ilusión.

Los tres contextos significativos fluyen en la concepción de la maternidad como utopía:

es mejor el hijo mío  
que este mundo al que se asoma (26)

Como una experiencia que simboliza en la integración de lo contingente y lo trascendente, la plenitud humana; como una experiencia religiosa en el viejo sentido de volver a unir, de *re-ligare*; como una experiencia que encuentra en el oxímoron (figura de lenguaje que combina dos instancias contradictorias y que, a diferencia de la antítesis que separa y categoriza la experiencia humana, tiende a fusionarlas en un nuevo sentido) su expresión más adecuada.

Es más rico, más, mi niño  
que la tierra y que los cielos

( 'Encantamiento' )

Una experiencia que está plasmada en la singularidad y homogeneidad del hablante lírico y en la concentración y coherencia de la visión poética que lo expresa: para la madre el hijo es 'grano de arroz', 'botoncito' (vegetal), 'huesito de cereza', 'bocadito de chañar', 'grano de mi trigo', 'semillón soterrado' y 'semilla', imágenes todas que condensan y enriquecen los valores,

que atraen hacia la pequeñez material la inmensidad espiritual; imágenes que abren el camino entre el ser y la potencia de ser, entre el presente y el futuro, imágenes que invocan el germen, el origen, aquello que es principio vital de todo lo que será.

Comentando un fragmento de Cyrano de Bergerac. Gastón Bachelard (27) — que ha visto en la reducción una de las formas constantes de la imaginación poética — dice: 'La manzana, la fruta no es ya el valor primero. El verdadero valor dinámico es la semilla. Es ésta la que paradójicamente hace la manzana. Le envía sus zumos balsámicos, sus fuerzas conservadoras. La semilla no nace solamente en una dulce cuna, bajo la protección de la masa de la fruta. Es la productora de calor vital'.

En las canciones de Gabriela Mistral la 'semilla', como símil de la infancia, invoca la simiente. Es — como el niño — madre de la madre, albergue de grandeza, cuerpecito que espejea de cosas grandes por venir; en ella se integran lo real con lo ideal, lo manifiesto con lo que está latente, el 'sí-es' con el 'no-es' (28). El niño es también 'estrellita', 'tajada de luna', 'echa luz' dice la madre 'y tiembla'. La imagen de la luz vinculada como resplandor a un contexto religioso, invoca además un principio de centralidad, es el sol, el ojo, el núcleo espiritual en torno al cual se extiende el universo. Complementan a las imágenes luminosas las relacionadas con la blancura, el hijo es 'carnecita blanca', 'copo', 'algodón en rama', 'corderito', 'velloncito', imágenes que — afinadas en la tradición modernista de la blancura del alma — invocan la inocencia inmaculada y la virtud espiritual de la infancia.

La pluralidad significativa y el sistema simbólico de las canciones denotan una sensibilidad volcada hacia lo trascendente, una espiritualidad que sin duda es de índole religiosa. Debido, sin embargo, a la extraordinaria intuición poética de Gabriela Mistral, la significación ético-religiosa no se hace presente como producto ideológico; confluye, en cambio, plenamente integrada con la dimensión antropocéntrica y con la representación mimética del sentimiento maternal. Cuando la madre dice 'corderito', dice también alma blanca sin mácula, alude además al mito de Jesús *Agnus Dei*, pero sobre todo — para sus lectores habituales — sintetiza en una imagen concreta el sentimiento maternal, rescata — en vivo — sus instancias más puras y genéricas, presentando la ternura de la relación con el hijo en pleno trance de ocurrir. Se trata de una visión poética en que la mirada espiritual es también la mirada humana, en que el lenguaje trascendente es al mismo tiempo la voz fresca y juguetona de la madre primeriza. Las canciones de cuna encarnan entonces, en todos los sentidos posible, 'las palabras de la esperanza', la integración de la espiritualidad en el orden temporal.

En 1938, durante una estadía en Montevideo, Gabriela Mistral (29) explicaba que sus poemas eran un sedimento de la infancia sumergida. 'La poesía', decía, me da 'una especie de asepsia respecto del mundo', 'me lava de (sus) polvos... y hasta de nó sé que vileza esencial parecida a lo que llamamos el pecado original...'

Desde esta perspectiva las canciones de cuna resultan para la poetisa, más que ningún otro sector de su obra, poesía de salvación, de conjuración utópica, de restitución del paraíso perdido, poesía en que se retorna a la lengua de la armonía espiritual primigenia.

'Tal vez — agregaba Gabriela — el pecado original no sea sino nuestra caída en la expresión racional y antirrítmica a la cual bajó el género humano y que más nos duele a las mujeres por el gozo que perdimos en la gracia de una lengua de intuición y de música que iba a ser la lengua del género humano'.

En esta lengua de *integración utópica* — anticipo de una América que debió ser pero que no es — están escritas sus canciones de cuna (30). ●

# El Mar

● POLI DELANO

Acabo de recibir una carta de Rogelio — desde un punto del globo bastante lejano — en que el pobre desdichado me cuenta que está en el cuarto de su hotel escribiendo a sólo 15 metros del mar. Cuando se refiere al mar dice algo muy bonito. Dice: .....“con la ventana abierta, escuchando ese rugido tan familiar y querido, aunque sea de un mar cabrón, gris de color, que no huele a nada y que ni siquiera es capaz de parir un par de almejas”. Y esto, desde luego, se debe a que no cualquier mar es como algunas zonas de ese tramo largo del Pacífico que baña nuestro país entero de norte a sur y donde solíamos en otras épocas pasar muchas horas, días, semanas, y hasta meses. Años no. Porque de algún modo u otro Santiago estaba siempre de por medio, y era ahí donde había que asistir al colegio, a la universidad, a la oficina o adonde fuera. Pero lo que quiero decir es que si enfilábamos rumbo, en dirección oeste desde cualquier punto de la ciudad — o del país, incluso, diría, aún sin ignorar que en el norte el desierto es cosa sería de cruzar — no se nos iba más de su hora y media para llegar hasta las verdes aguas del océano, esas aguas frías, casi hostiles a la piel del afuerino, pero donde las almejas y las cholgas y las ostras agarraban un yodo insuperable. A veces, de muchachos ( cuando podíamos dormir embutidos en un saco de campaña bajo el cielo y sobre la arena o aún sobre las piedras ) nuestro principal interés era bañarnos, nadar, abordar o hacerle el quite, por ejemplo, a esas olas gigantes que azotaban la Playa Chica en las mañanas de viento; desde luego que buscar también algunas niñas de buen cuerpo y sonrisa generosa a quienes poder asombrar con nuestras destrezas acuáticas para luego, por las tardes, después del clásico paseo a lo largo de La Terraza, robarles un par de besos fáciles. Más adelante, unos cuantos años, quiero decir, el baño no era ya nuestra principal causa para viajar constantemente al mar. Podía ser la pesca tranquila, desde los roqueríos, el descanso de la rutina en que envuelven las ciudades, el cambio de ambiente, relajante para los nervios ajetrechos, el deseo de comerse en grupo un buen plato de erizos al mático, de machas a la pamesana, o un insuperable filete de congrio. Todavía algunos años después quizás fuéramos más que nada, a pensar, a contemplar ese ritmo tranquilo de las olas durante horas en que el pasado podía enseñarnos algunas cosas importantes, otras fundamentales. Mirando hipnotizados esa masa de agua cambiante. Recuerdo siempre una frase que mi amigo Manuel — también con él nos escribimos desde lejos puso en una de sus novelas. Decía: “Fundaría un país a la orilla de tus ojos, cambiantes como el mar”. Creo que no he leído nunca una declaración de amor más efectiva, más dinámica. Manuel también tuvo que salir después de la tragedia de septiembre y anda por ahí perdido en otros continentes..... Y éramos siempre un buen grupo de marinos de agua dulce que de algún modo, juntos, habíamos aprendido a sacarle a la vida una que otra cosa positiva — la risa, por ejemplo — y a saber que nuestras costas podían ser un factor primordial en ese descubrimiento. A Antonio, para citar un caso, si le gustaba la Playa Chica era por todo lo contrario. Típico y de buen tono resultaba decir: “Cartagena en invierno es precioso, magnífico, de primera, pero en verano no se puede aguantar, tanta gente, tan atestado ( tanto ‘roto’ para los más siúticos ), ni andar se puede”. Antonio, en cambio, con su vitalidad de bestia nueva, y sin complejos de su incipiente panza, dijo,



# Monologo del Segis

● JUAN EPPLE

'Y teniendo yo más vida etc.'

A Juan Carlos García

Me voy a quedar aquí tranquilo nada más porque esta cuestión me ha caído como bomba, y no sé muy bien en qué va a parar, y porque ustedes andan muy saltones y como nosotros no tenemos ni un matagatos, tenemos que morir pollo.

Pero no te vai a poner saltón conmigo, pailoncito, porque empiezo por contarle a los compañeros cómo te decían en el barrio, y aunque con el casco no se te nota mucho, ya se van a dar cuenta. Y ahora no me vai a venir con lloriqueos como cuando te hice poner de wing derecho en el Santiago Bueras, aunque al principio no dabai bote, y a los cabros les dió por mentarte Cabeza de Taza, porque te falta una oreja, y vos lo único que sabíai hacer era venir a quejarte, oye Segis, ya empezaron otra vez, y yo obligado a tirar coscachos, ya pos cabros, portarse como compañeros, más respeto con la personalidad humana individual, o si no, ¿te fijaste, Segis? el negro de allá me está corriendo leña, y yo a ponerte de centro fowar aunque el equipo empezaba a bajar la ofensiva. Putas, si parece mentira, y ahora el huevón dándome órdenes.

Haciéndote el desconocido y tratándome de usted cuando te pido un pitillo, como si no te acordaras cuando andábai más planchado que mesa de sastré y nosotros juntándote plata en la población, que hasfa un torneo tuvimos que mandarnos al pecho en Máfil, de donde llegamos con las canillas más machucadas que membrillo de colegial porque allá los campechas son cosa seria, y no por tí sino por tu vieja y los cabros chicos, que no tenían cómo parar la olla y tu viejo que se le había ocurrido amanecer con los dientes pelados, justo cuando había encontrado trabajo como sereno. Y luego hasta te pasábamos a tirar cigarrillos cuando íbamos a jugar contra el Caupolicán, a defender la camiseta digamos, y vos de guardia en el Regimiento, de pelado, que a dónde más íbas a ir.

Y qué me decís de cuando hicimos las diligencias pertinentes con el compañero Lucho, que como estaba de dirigente regional quizás dónde lo tienen metido ahora, para ayudar a sacar más luego a tu tío Neutalí, que como era el más viejo de los que estaban en la toma del fundo le podía caer mal la cárcel, y vos con que no te podías meter porque eras milico, y ahora sí que podís meterte pero para lamerle las botas a los momios, porque no me vai a decir que los tenientitos que te mandan no son hijitos de su papá.

Y cuando vos no agarrábai una en la población, y yo sacrificándome para llevarte de collera y presentarte minas en la Costanera, que el compañero, ahí donde lo ven, iba a ser seleccionado para hacer el curso de tractoristas, que de ahí iba a postular a Vialidad para manejar su guapo Diesel, quizás hasta una camioneta, o que se iba a ir a un asentamiento hasta llegar a dirigente campesino. Y aún así el pelotas todo corrido con las niñas, que como era este pechito el que hablaba tiraban a creerte, mientras que ahora vos te creís la muerte mirando a las compañeras que tienen allá en la esquina, atemorizadas, si parece que estoy soñando.

Y cuando te me aparecíai por la casa poco menos que llorándome que le hablara de nuevo a la Teruca, la única vez que te dieron boleto pero vos sin querer que ella siga participando en los rayados murales para el Chicho, ni siquiera a las reuniones que eran más temprano, jorobándonos la paciencia justo cuando el grupo empezaba a funcionar como reloj, y yo aunque traté de convencerla no hubo caso y por eso te dije en tratándose de ésto cabrito, estamos sonados, porque son cosas del corazón, cómo te cae. Luego te invité tu pilsener, y tranquilo el perro.

Ahora los maricones dieron al fin su golpe, pero tuvieron que bombardear La Moneda y acribillar al Chicho antes, y ahora quieren encerrarnos a todos. Si me salís con que no sabías nada sobre esto hasta te lo podría creer, y por eso me estoy tranquilo con vos y te aguanto que nos estés cuidando. Pero no me vengái otra vez con esa fracesita, entre amatonada y asustada, son prisioneros de guerra, porque aunque tengái esa metralleta en la mano te voy a pegar tu soberana patá en la raja y te voy a mandar a tomar prisionera a tu abuela. ●

# Argumento

● LUIS DOMINGUEZ

Hay gente que hace el amor a oscuras, pero no por variar buscando sorpresas sino como única posibilidad, y usted me va a decir que es pudor y yo le digo que es temor, o porque son amigos de la noche como los murciélagos, gente dada al vampirismo hogareño que pierden tristemente la mañana, porque para el amor no hay como la mañana, mejor todavía si cantan los pájaros, pero esa gente ve la televisión en la noche, no es raro que las noticias, una serie o una película los pongan en ambiente con la ilusión de ser otros, ya que en la oscuridad estoy seguro que se la juegan uno al otro imaginativos los pobres, sin atreverse a mirarse de puro aburridos, quizás se odian y, al fin y al cabo, al menos tiran en calma, sin culparse ni sentir que se ha resblandecido aquello con la mala administración del fidecomiso divino. El guatón bufa encima; súbete la camisa, bájate el pantalón del pijama, ¡ ay gordo, mijito por Dios ! Ahora la televisión no ayuda mucho: ligerito se oye una marcha y sale algún bando sobre la estrella de la patria, que como usted bien sabe tiene cinco picos, ni cuatro ni seis, cinco picos, señor, y nada más que ocho bolas, con varicoceles para compensar al pueblo. Hay gente que sin mirar hacen todo lo que importa; no sé que ritmo le pondrán

en la cama a los balazos de la noche afuera, que no olvido que a la luz del día bombardeaban el palacio de la Moneda y la televisión mostraba Bugs Bunny con toda objetividad, por sobre nuestras cabezas pasaban los Hawker Hunters lanzando rockets que era un gusto contra un edificio de Toesca mientras los monos animados hacían mierda de todo, ¡ y hábleme a uno ahora de la patria ! Perdone, me exalto. A veces me gusta exaltarme, aunque está prohibido, no exagero, porque como vendedor uno tiene que morir pollo. Chester, el negro, era un tipo controlado, admirable. Un poco antes del golpe de estado en Bolivia, se pasó para Chile; de aquí se fue también un poco antes: era tan controlado el negro que sabía cuando había que irse. Un hombre fachoso y astuto; estaba enamorado de Winnie o algo así y le tomó estas fotos. Parece nadador. Me crucé con ella ahí en la vereda de la iglesia de San Francisco y me gustó al tiro. Y a Chester le pareció malaso, porque por muy controlado que fuera, nadie está libre, ¿ no es cierto ? Tan deportiva, pecosita, Winnie es parecida a Romy Schneider en los buenos tiempos: creí que era de esas alemanicas del sur que van representando a Chile a cuanto campeonato existe. Las envidiosas dicen que después engordan mucho. No sé si será cierto, pero después es después, ¿ o no ? Ella tiene ojos verdes y el pelo claro y corto; me gustó su cuello largo, firme, y las orejas y tal vez lo que más me gustó fue lo derechita y elástica como caminaba: me la imaginé en un trampolín o en el tablón de la piscina. ( Son importantes los detalles, las terminaciones de una mujer.) Le gustaba el lapislázuli y a mí me gusta la palabra: LAPISLAZULI, porque tiene varios tiempos; repitiéndola usted obtiene un ritmo. Ella me decía: — No vas a escribir ningún libro sobre mí. — Claro, si apenas sé hablar, pero si lo hago se va a llamar "Lapislázuli" o Winnie, pero nunca se llamará Winifred. No le venía el nombre y al principio creí que lo inventaba ella, pero después vi los papeles, "Winifred", y ella me confesó que su madre había tomado el nombre de una novela inglesa, aunque no quería decirle cual, para no cohibirla ni ejercer en lo más mínimo coerción sobre su subconsciente. Winnie me decía: " Yo voy a inventar mi nombre de nuevo." Y creo que lo ha estado haciendo.

Me volví para seguirla ahí junto a la iglesia de San Francisco, me fui poniendo a su lado emparejando sus pasos y dejando una distancia como para llevar un niño pequeño tomado de las manos, un niño parecido a ella por supuesto nacido del fin de su pelo atrás en la nuca ( donde a todas las mujeres lindas usted puede mirarle el niño ), así caminábamos los tres de la mano, aunque ella no se diera cuenta de nada, ya que iba simplemente abstraída tratando de ver la cordillera más allá del smog y era imposible. Me dieron ganas de advertirle: Espere con paciencia hasta el domingo, porque en Santiago la cordillera suele verse bien los domingos y días festivos. Entonces, uno podía arreglárselas con la imaginación y la imaginación era la madre del cordero. Los militares son cuadrados y "hasta nueva orden". En esos días yo veía eucaliptus ( los eucaliptus son los árboles que más quiero ), eucaliptus grandes dándole sombra a los tribunales de justicia, alrededor de la Moneda, más altos que el congreso, más altos que la catedral, veía eucaliptus y escuchaba sus hojas, los troncos crujían con el viento que viene del norte y estamos cerca del mar sitiando un viento un poco salado con los juu, juuu, juuu ( con la jota suavécita ), juuu..... juuu.....juuu los buhos tucúqueres de cuadra en cuadra, de árbol a árbol, y vuelve el valle, rumores y agua que salta de piedra en piedra, y estábamos sentados con Gaspar Vega en el pavimento, como si fuera tierra o hierba, ahí en medio de todos los autos y micros que pasaban, contra ninguna disposición del reglamento del tránsito, porque ¡ donde cresta dice que no nos podemos sentar en el medio de la calle ! ( aunque hubiera oído lo que nos gritaban los choferes ), y le juro que veía, oía y olía los árboles, los buhos, todo lo que me iba mostrando Gaspar Vega con la mejor

irresponsabilidad del mundo..... Gaspar Vega conoció a don Victoriano Gil por mi intermedio, y al salir de la oficina, cuando tuvieron la primera entrevista, Gaspar me dijo: "Oye, ese pepe, tu jefe, huele a cadaver." Discutimos esa vez, y yo le repetí a Gaspar lo que mi madre siempre dice: "No hay necesidad de andar oliéndolo todo." Don Victoriano tenía el proyecto de solicitar a Neruda una oda especial para la enciclopedia, pero necesitaba a alguien que hiciera el contacto, alguien que se pegara un pique a Isla Negra y tanteara el terreno. Nosotros ya teníamos en los folletos eso de

*Libro cuando te cierro  
abro la vida.  
Escucho  
entrecortados gritos  
en los puertos.*

Había sido idea de Norman. El nos obligaba a usar como lema algo que Neruda dice del diccionario: *granero del idioma*. Yo creo que si Neruda hubiera escuchado al rucio Norman disertando sobre su poesía se habría caído muerto, ahí mismo le viene un ataque, porque las explicaciones de Norman eran un vandalismo peor que el asalto de la casa. En fin, a Norman no se le ocurrió la patuda idea de don Victoriano, de pedirle a Neruda una oda especial para la enciclopedia, porque no pasó por esta tierra un fulano más tranqueador que el pobre don Victoriano Gil. A veces parecía un inocente. — Ha hecho odas para tanta cosa que más da. — ¡ Hágala usted entonces, si cree que es tan fácil ! ¿ Por qué te ríes, que estás pensando de mí ? A mí se me fué el caballo: — Para serle franco, don Victoriano, creo que se me está poniendo muy suelto de cuerpo. — ¿ Y qué quieres decir con eso ? — Averíguelo, pues; es más fácil que escribir una oda a la enciclopedia, terminé, y lo dejé escarbándose los dientes, se la llevaba en ésa. Fue el único disgusto importante que tuvimos, antes de que decidiera irse a la Argentina. ( Ahora, con la Junta, dicen que va a volver.) Sin embargo le traje a Gaspar Vega, y fue una suerte, porque se encerraron a conferenciar y Gaspar Vega le sacó plata para gastos de viaje y estadía en Isla Negra. Entonces fue cuando Gaspar al salir me dijo: "Oye, ese pepe huele a cadaver." Y eso fué todo. Después, Gaspar Vega iba a la oficina bien seguido, y lo primero que hacía era buscar a don Victoriano para repetirle: " La cosa marcha." o " La oda vá." "La poesía no defrauda"..... Frases vagas que don Victoriano calificaba de "noticias positivas". Don Victoriano no estaba bien. Todos le pedíamos que repitiera la historia de la novia asesinada en sus brazos, y él empezaba desconfiando, interrumpiéndose para mirarnos. Ustedes no me creen, decía, pero es verdad; volvía a narrar la historia, agregándole detalles contradictorios que lo desconcertaban a él mismo. Una mañana él llegó con la fotografía de su novia, ampliada como un poster, que era gordita, de ojos grandes y tristes, parecida a la Bella Otero y a esas otras mujeres de la época del desnudo con ropa. La pusimos sobre el sofá de la sala de espera. Iván Contreras salió con la teoría que la fotografía color sepia, para estar "in", debía tener enredaderas y flores por el borde, por lo que le pintaron un marco estilo jabón Flores de Pravia, con unas flores que Iván Contreras juró eran manzanillones cuando apenas llegaban a margaritas, como probó Gaspar Vega. El pobre don Victoriano venía sonriendo entusiasmado y me decía: "Vino el poeta, su amigo, y tuve noticias positivas." Siendo que el degenerado de Gaspar Vega le había soltado una frase cualquiera como "No por mucho madrugar....." o "El tiempo es oro." Así el viejo necesitaba tratamiento. Cuando se fue para la Argentina, Gaspar Vega pescó el retrato y se lo llevó a la Sociedad de Escritores. Nosotros íbamos a protestar, pero él nos reveló que la del poster era Delmira Agustini, una poetisa uruguaya, en 1907, al publicar *El Libro Blanco*, y que él lo había sabido desde el primer día, y no había dicho nada para no confundir más a don Victoriano Gil.

"Además, agregó, como ustedes saben, un caballero no entra en detalles."

Pero estábamos hablando de Winnie y yo le cuento de la oficina, una oficina cualquiera de aquí, con tipos ruines, serviles, pero con buen humor, como nosotros, a punta de chistes destenidos la porquería y la desgracia, y ahora, cuando estamos más envilecidos, viene Gaspar Vega a mostrarme la bata de levantarse que se hizo con la bandera. Yo andaba bastante en crisis cuando emparejé mi paso al de Winnie y me dió por imaginar que teníamos un niño chascón muy parecido a ella, bastante chico todavía como para correr aventuras por su cuenta. Se nos iba quedando atrás, por lo que Winnie caminó más lento y yo lo hice recuperar terreno levantándolo colgado y haciéndolo avanzar en vilo, y él se reía como los niños que no tienen susto y en la altura se ríen haciendo górgoros. Así sucede cuando los entes buenos andan con uno: lo que es o puede existir también puede resultar ridículo, como las ilusiones, ¿ verdad ? , o ese bando de la Junta sobre cómo había que hacer flamear la bandera de la patria o blasfemar en contra de la pantalla de televisión con flatos araucanados. Por ahí frente al cerro Santa Lucía, Winnie quiso tomar una micro, y yo fuí detrás. Con sencillez, con sencillez, reclamaba el chofer, cuando viene y le dice a ella: — No puedo llevarla, señorita, señorita. Winnie, confundida, seguía así con el billete estirado, y yo aprovecho: — ¡ Usted tiene que llevarla ! — ¿ Y usted qué pito toca ? — ¡ Ningún pito, compañero, pero que no pueda dar vuelta de un billete de cien es culpa suya ! Así es que hice subir tranquila a Winnie y pagué por los dos, alegando por los codos, y como trompo cucarro avancé por el pasillo de la micro, advirtiéndole al chofer que no fondeara el sencillo. Ella me dio las gracias suavemente, y yo le sonreí un poco superior, ¿ sabe ? , haciendo el detective que dice "Take it easy, baby" en las películas, tratando de mandarme la parte, porque lo cierto es que uno quiere ser Humphrey Bogart y le resulta Chaplin, entonces la risita no tranquiliza sino que inspira el instinto maternal de las viejas que despotricaban contra el chofer como es la costumbre, quizás una forma de vida, porque yo he visto a la santiaguina envejeciendo con la boca chueca y desgargantada en el vocifere en contra de los choferes de micro, que es una casta sorda desde luego y, con el tiempo, a casi todos les patina el embrague. Winnie se sentó y yo me quedé parado, junto a ella, displicente, como si no hubiera pasado nada, y empecé a imaginarme que íbamos en uno de esos barcos pequeños que parten desde Valdivia por el río Calle Calle hacia Carbonero, Mancera, Niebla, Corral..... Los bosques en la orilla, el agua verde, los helechos, los hongos, la hierba bajo los árboles, qué inmensos ratones hay en las casas viejas de Valdivia, ratones de temer que se manducan al gato y muestran los dientes; me habría gustado enfrentar algunos ratones valdivianos con esas viejas que, no me va a creer, seguían despotricando, ahora en contra de todos los choferes sin distinción de credos. Me parece que, al menos, Winnie me presentía, porque, un poco antes de embarcarnos, miró hacia mi lado igual que si pidiera de la ayudase con el niño: era necesario tomar al niño en la orilla y ponerlo dentro del buque me parece. ¿ O me tuvo miedo ? Nunca Winnie me tuvo miedo o desconfianza, para más remate a mediodía ella y yo, ella que es esquidora; ni se inmutó cuando me quedé parado exactamente junto a ella sentada, agachándose como quien está preocupado de las calles, siendo que me interesaba su olor, captar el aroma de su pelo corto, yo un poco ensoñado con la almohada ¡ que fragancia ! , olorosa la piel, la fisonomía tan sin complicaciones, con su estampa deportiva, con ritmo, usted la ve en las fotos, aunque se las haya tomado Chester para joderla. Porque estoy seguro que el negro despedido hizo gestiones para que le quitaran a ella la beca. ( El negro atornillaba al revés, ¡ y quien iba a suponerlo ! ) Aunque con tanta muerte eso es un detalle. Recuerdo que por ahí subió un cabro chiquitito, como el nuestro, chascona-

so el cabrito, y se puso a cantar:

..... *y te voy a enseñar a querer  
porque tú no has querido  
Ya verás lo que vas a aprender  
cuando vivas conmigo .....*

Y Winnie sonreía. A ella le gustan los cabritos. Winnie se conmovió mucho con la historia de Homero, un amigo asesinado por los militares ahora poco. Recuerdo sus ojos cuando Homero le contaba que a los ocho años estaba debajo de la cama en que se suicidaba su madre, y como después se lo había llevado a su casa don Salvador, un especie de tío o padre adoptivo, haciendo puchereros el viejo para no llorar a mares, de enamorado que fue de la madre durante el último tiempo, mientras va manejando el auto por la Alameda y con los ojos nublados trata de ver las luces hablándole de estampillas al cabrito, Homero, impávido, muy chico todavía para entender algo, tal vez ansioso por ver el album de sellos que el viejo filatélico le ha prometido. Homero se reía al contarle, pero estoy casi seguro la mayor parte de sus risas fueron nerviosas, aunque se reía demasiado y no lo correcto, pero no le hacía mal a nadie ni siquiera cuando deformaba las cosas al contarlas, como buen periodista o por ser hijo de pintor, lo que no importa porque sabía narrar. Cuando se dió cuenta don Salvador iba llorando, pensó era una debilidad de los años, y mucho tiempo él estuvo convencido que hay una edad en la cual los hombres no lloran, una edad intermedia entre la de don Salvador y la suya, una edad en la cual sólo las mujeres lloran; la idea pudo venirle de su padre, el pintor Virgilio Fernández, Homero lo admiraba, hoy debe andar en los sesenta y no sé si ha llorado con el asesinato del hijo, pero siempre fue muy miope y cara de palo, en tanto la madre, empleada de la Caja de Empleados Particulares, lloraba todas las noches antes de suicidarse. Homero tenía siete y se divorciaron sus padres; quería irse con el pintor a La Reina, pero debió quedarse con su madre en la calle Riquelme, en el barrio bajo, donde se oscurece tan temprano. En esas calles la tristeza es pegajosa y pudo ser un trauma para Homero, la pura tristeza pienso porque dudo que un cabrito de siete años quiera desesperadamente irse con alguien si no es a ver una película, un partido de fútbol o a tomar helados. Después del divorcio, el pintor fue a encaramarse a La Reina con una pintora, Matilde Mercado, y Ceci, su hijita de cinco años; la pintora también se había divorciado, cargada al oro y buenamoza, le compró un pony negro brillante a la Ceci, como en las películas con sombreros de copa, y Homero comenzó a enamorarse de la Ceci, del pony y de La Reina. Pero debió quedarse con su madre en la calle Riquelme, como si el mundo se viniera guardabajo, y la madre empezó a emborracharse sin tomar en cuenta los esfuerzos de don Salvador, un compañero de oficina que honestamente deseaba mejorarle la vida. Don Salvador, el pretendiente de la madre, tío o padre adoptivo de Homero, había sido Secretario de la Sociedad Filatélica Internacional y en la oficina lo llamaban don Salvador, con todo el cariño que puede darse en las oficinas, y no es poco a veces. La madre había sido una niña regalona sin mucho aguante como una figura de porcelana sencillamente jodida por el amor hasta el grado de tomar ese trabajo en la Caja de Empleados Particulares conseguido por una tía catequista para ayudar a Virgilio Fernández profesor ayudante de Bellas Artes con un promedio de un cuadro vendido a las pérdidas en la Feria de Artes Plásticas o donde fuera y ella se emocionó hasta las lágrimas caminando junto al hombre flaco perseguido por los zancudos con sus cuadros bajo el brazo tan miope y orgulloso cara de palo sin rendirse a nada hasta el descanso mudo de un banco del parque; por eso ella llegó una tarde a tomar té con su tía catequista campeona de bridge en Providencia dispuesta a escuchar todos los anatemas que brotaron entre galletas de agua con paté y té Humimans inglés legítimo del que viene en caja de lata y se

avergonzó haciendo tanto ruido al sonarse en la mesa frente a su tía en suspenso esperando verla terminar la maniobra del pañuelo para seguir con la execración de la vida bohemia lo que al cabo fue la base del posterior protectorado consolidado con el matrimonio en la Providencia o Casa del Niño y roto en definitiva con ocasión del bautismo del hijo, Homero, "Homero, no me consultaron y no es un nombre cristiano", dijo la tía y se fue para siempre. Virgilio Fernández abandonó a su mujer por Matilde Mercado, y la mujer se derrumbó; en las noches se llevaba a Homero para su cama, a compartir su aliento a vino y vómitos; se le agarrotaban las piernas a la mujer alrededor del cabro muerto de susto sin poder dormir sino rendido. Homero sentía asco de las sábanas y todo ese olor agrio, pero quería a su madre, una niña regalona sin mucho aguante, sencillamente jodida por el amor. Don Salvador parece haber sido un hombre decente bastante platónico y más hostigoso que consolador; le faltaba punch, tomar el toro por las astas, pero hacía poco más que escucharla horas y horas en la penumbra con una botella delante mirándola beber. Ella tenía esperanzas, a veces estaba segura que el pintor volvería, escuchaba pasos en la escalera, golpes en la puerta, lo que debió haber sido muy triste ahí, en una casa vieja de la calle Riquelme pura pesadumbre oscurecida temprano, si no hay amor, conversar ahí a oscuras es caer siempre en lo mismo. La calle es mejor en esos casos. Don Salvador cuidándose las úlceras poco podía hacer y es probable que la deprimiera más al escucharla con un comentario mínimo, porque ella se sentía animada a volver a contar su historia de amor cada vez más idealizada y por lo mismo más postradora. Don Salvador, para mejorarle el ánimo, representaba a Cantinflas, la manera de hablar parpadeo pantalones medio caídos, pero ahí estaba muy lleno de sombras y es difícil hacer una mediana imitación de Cantinflas sin ser mexicano; además don Salvador era alto, parecido a Monsieur Hulot de la misma traza que Jacques Tati: nadie entendió nunca por qué le obsesionaba Cantinflas persistiendo en imitarlo. Homero se aburría quería irse a La Reina donde su padre la pintora más bien Ceci o el pony negro, por eso le escribió una carta de despedida a su madre al mismo tiempo de robarle un poco de plata parece ser perdió media hora buscando la dirección de su padre en la guía y los nervios recién cumplidos los ocho años, pero no quería dormir una noche más entre las piernas agarrotadas de su madre borracha en esas sábanas oliendo a vómito ( hasta el último Homero odiaba el vino ), entonces, cuando oyó los pasos de su madre que subía, se metió debajo de la cama sin atinar ni preocuparse de la carta sobre el velador más bien temiendo enfrentarla luego de haberle robado plata, aunque ella no fue en nada estricta con él sino al contrario: dulce, tierna, y Homero era al final quien la hacía sonreír. Mirando los pies de ella junto al velador se quedó dormido; después recordaba siempre los pies delgados de ella esa tarde, desnudos, lo que no se le olvidó porque su madre era muy formal, nunca andaba a pie pelado en la casa. Pero se quedó dormido; despertó ya oscuro con el ruido de mucha gente que no conocía, don Salvador, algunos vecinos, él estaba temblando casi helado de frío despertado ahí debajo de la cama rodeado de zapatos extraños. Cuando él vio los pies de ella junto al velador ella leía la carta seguramente por eso él se arrepentía de no haberla asustado con una caricia en los pies, muy fácil bastaba estirar un poco su mano sin repugnancia atraída la mano como los ojos por la primera visión clara de unos pies hermosos de porcelana. Ella tomó unas pastillas y se tendió en la cama a esperar. Don Salvador se llevó a Homero, a vivir con él en su departamento en Nuñoa. Le regaló un album de sellos y Homero mirándolo se olvidó un tiempo de La Reina, pero tenía pesadillas donde él tocaba los pies de su madre y los pies se deshacían como si fueran ceniza en el fuego, yo no estoy seguro si Homero inventaba la pesadilla, pero él la volvía a contar igual, cada vez mejor. ●

# TEJAS VERDES

● HERNAN VALDES

*(Del libro 'Tejas Verdes'  
Diario de un Campo de Concentración en Chile,  
Editorial Ariel, Barcelona 1974.)*

Pero no son gritos de los que nacen de la garganta; éstos tienen un origen más profundo, como desde el fondo del pecho o de las tripas. ¿Son de Manuel? No podría asegurarlo.

Hay muchos otros sonidos entremedio. Ruidos de motores, voces de mando, silbidos que conforman una melodía, muy entonadamente. Los gritos cesan y después recomienzan, cubiertos por todo lo que debe ser una actividad humana rutinaria y trivial en un espacio intermedio.

Tengo mucho frío. Entiendo que debo apresurarme en convenir conmigo mismo mis respuestas, en reunir los elementos, tan dispersos, de una personalidad, en decidir cuáles aspectos debo mostrar y cuales debo ocultar.

Pero el frío y la respiración tan entrecortada no me permiten concentrarme. Lo único que puedo imaginar es el sol que hay afuera, en la playa.

Los colores vivaces de los que se pasean por algún malecón. La luz ennegrecedora sobre la espuma de las olas. Y ese azul de nuevo mundo del cielo sobre el océano.

Todo eso, y centenares de personas tomando cócteles en sillas de hierro y plástico, es algo que veo claramente. Los gritos llegan con menos fuerza, sólo parecen lamentos.

El dolor en la espalda se revela en ciertos instantes, es como si ahora, recién, comenzara a recibir las patadas, una por una, en forma metódica, con una cronología precisa.

Siento pena de mi cuerpo. Este cuerpo va a ser torturado, es idiota. Y sin embargo es así, no existe ningún recurso nacional para evitarlo. Entiendo la necesidad de este capuchón: no seré una persona, no tendré expresiones. Seré sólo un cuerpo, un bulto, se entenderán sólo con él.

Pasa mucho tiempo y no me atrevo a cambiar de sitio ni menos a sentarme en el piso. Afuera, por momentos, hay un completo silencio. Doy puntapiés en el aire para secarme los pies. Me cuesta mucho respirar a través del saco.

Tengo que pensar en algo, tengo que aprender lo que voy a decir. Doy por seguro que encontraron las copias de mis escritos. Esto no debe comprometerme sino a mí.

Podría demostrar mis contactos con una publicación extranjera, llegado el caso. Luego.....el trabajo de Eva. Aquí mi información me abruma.

Trato de recordar lo que ha sido publicado sobre la actividad de la embajada de K., para no hablar sino de eso, para decir lo mismo.

Es muy difícil separar lo que sé de lo que he leído. Sobre mi propio trabajo, está claro que trataré de presentarlo con el carácter más técnico posible.

Lo demás, todas las estupideces que me han atribuido en el primer interrogatorio, me dejan sin cuidado. Exagerar mi importancia como escritor sigue pareciéndome un buen recurso. Supongo que en todo este tiempo habrán examinado a fondo mis antecedentes y que habrán descubierto viajes a los países socialistas.

Explicar su origen es, por supuesto, embarazoso. Incluso pueden acusarme de bigamia, los delitos comienzan a sumarse, sin fin.

En verdad, toda una vida de delitos. Y los dólares que tenía en casa ¿de donde los obtuve? ¿Del mercado negro? ¿Y la literatura marxista? ¿Y por qué mi rechazo del trabajo con que me quisieron 'salvar' los intelectualoides democristianos que ahora están en el poder? No veo escapatoria.

Todos mis delitos se entrecruzan en la oscuridad de mi cerebro, el frío me hace sentir la piel como una textura de traperío podrido, empapado de agua.

Ha transcurrido más de una hora, posiblemente. Desde hace mucho rato ya no se oyen gritos.

Cuanto más recuerdo el día de sol que existe en la realidad, más vulnerable me hago al frío de este lugar y a las penumbras que entrecortan mi conciencia. Tengo la impresión de que sucedería algo muy grave si falto a la orden de no moverme que me dieron. Un viejo reflejo parece decirme que la obediencia podría salvarme del castigo. Con todo, pienso que si tuviera verdaderamente zapatos y algún chaleco todo esto sería más soportable.

Alguien viene. Abren la puerta y me tiran del borde de la capucha. Camino a pasos cortos y rápidos, para no pisar los talones del que me conduce.

Camino como un chivo tirado de las barbas. Nos detenemos. Me dejan solo. Hay un gran silencio alrededor, muchos segundos de vacío y silencio.

Entonces alguien se aproxima corriendo y lanza un grito de ataque bestial, un grito de salvaje, de luchador japonés, y siento dos pies que me dan de plano contra la espalda, con toda la fuerza del impulso. Salto disparado velozmente, ciegamente. Choco contra algo — es una puerta —; la abro directamente con la cara, con la frente y la nariz, y sigo hacia adentro, casi sin pisar el suelo. Trato de frenar y, al hacerlo, me cuesta encontrar el equilibrio. Durante un segundo vacilo, buscando la verticalidad con las piernas y el torso.

— ¡Putas que soi insolente, huevón, manerita de entrar!

— ¡Estamos conversando aquí, desgraciado, qué te hai creído!

— ¡Pero soi muy mal educao, concha'e tu maire!  
 — ¿No te han enseñao a golpear antes de entrar a una casa?  
 — ¿Te creís que estai en la selva, culiao? ¿No tenías respeto por la gente?  
 — ¡Vai a ver lo que te pasa por intruso!  
 Es un coro de insultos alrededor mío, y yo giro inútilmente la cabeza de una voz a otra, ciego, extraviado.  
 Uno de ellos se aproxima a mí, coge dos puntas de la capucha y hace un nudo fuertísimo sobre el puente de mi nariz, de modo que la mitad de la cara queda descubierta para ellos. Otro me enrosca un cable en cada uno de los dedos gordos de mis pies mojados. Hay un brevísimo silencio y luego siento un cosquilleo eléctrico que me sube hasta las rodillas. Grito, más que nada por temor. Me insultan, como escandalizados de mi delicadeza. Siento un desplazamiento de aire al lado mío y alguien me dá, con toda la fuerza de que es capaz un brazo, un puñete en la boca del estómago. Es como si me cortaran en dos. Durante fracciones de segundo pierdo la conciencia. Me recobro porque estoy a punto de asfixiarme. Alguien me fricciona violentamente sobre el corazón. Pero yo, como había oído decir, lo siento en la boca, escapándoseme. Comienzo a respirar con la boca, a una velocidad endiablada. No encuentro el aire. El pecho me salta, las costillas son como una reja que me oprime. No queda nada de mí sino esta avidez histérica de mi pecho por tragar aire.  
 — ¿Como te llamai?  
 La voz viene desde el fondo. Los sonidos que emito no alcanzan a intercarse en el aire que respiro. Tengo que tragar, tragar. Me repite la pregunta, impaciente.  
 — Her-nán Val-dës — logro soltar, en varios espacios. Me llega el golpe de un garrote de goma, por detrás, en el hombro.  
 — Señor, huevón, más respeto.  
 — Hernán Valdés, señor.  
 Comienzan a pedir todos los datos de mi filiación, velozmente, datos que deben tener allí en una tarjeta. Posiblemente no tengo la posibilidad de preguntarme si para esto me han pegado. Es así. Espeto las respuestas, rápido, aún sin recobrar el aliento: "soltero, señor", "un metro sesenta y cinco, señor", etc.  
 — Color de los ojos.  
 — Castaño, señor.  
 Un golpe de corriente me sube por los huesos, hasta las rodillas.  
 — Cómo que castaño, huevón. Café será.  
 — Café, señor.  
 — Color del pelo.  
 — Café, señor.  
 Otro golpe de corriente. Los tipos se ríen. No es dolor exactamente lo que produce la electricidad; sino como una sacudida interna, brutal, que pone los huesos al desnudo.  
 — Así que vos soi maricón.  
 — No señor.

— Cómo que no. Aquí está escrito que soi maricón. Es otra voz. No alcanzo a preguntar dónde está escrito. Esta vez el golpe de corriente me saca los pies, prácticamente, de su sitio y caigo a un piso de cemento. Me obligan a lavantarme al instante, a patadas. No sé cómo lo consigo. Otra voz, más reposada:  
 — Así que declaras que eres maricón.  
 — No, he sido casado. Dos veces.  
 El gomazo en el hombro, desde atrás.  
 — Señor, huevón.  
 — Casado, señor. Dos veces, señor.  
 — ¿Con quién eraí casao?  
 Doy el último nombre. Es tan raro pronunciarlo aquí, ahora.  
 — ¿Y te dejó por maricón?  
 — No, señor. Nos separamos, señor. No nos comprendíamos.  
 Otra descarga de corriente. Vuelvo a caer y vuelven a levantarme a patadas. No sé cómo debo responder para salvarme. Soy una pura masa que tiembla y que trata todavía de tragar aire. Es otra voz aún:  
 — Cuenta la firme, huevón. Te dejó por marica.  
 — No, señor, vivo con una amiga, señor.  
 — Ah, ah, así que con una amiguita. ¿Y no te da vergüenza, huevón?  
 No sé qué responder. Siento que se desplaza otra vez el aire a mi lado y que va a venir el golpe en el estómago. Pero el golpe no llega.  
 — ¿No te da vergüenza, huevón?  
 — No, señor. Ibamos a casarnos, señor.  
 — Y te la estai culiando gratis, mientras tanto. Su nombre.  
 No entiendo por qué me preguntaban todo esto, que saben de sobra. Cuando les digo la nacionalidad de Eva, prorrumpen en exclamaciones de concupiscencia. Esta nacionalidad los excita. Están pensando en alguna *cover-girl* de piel bronceada.  
 — ¿Y es rica, huevón?  
 — Es normal, señor.  
 — ¿Usa anticonceptivos?  
 — ¿Cómo, señor?  
 La descarga. De terror por las patadas, hago desesperados esfuerzos para no caer.  
 — ¡Anticonceptivos, desgraciao!  
 — Un anillo, señor. De cobre, señor.  
 — ¿Y no te molesta cuando te la tirai?  
 — No, señor.  
 — ¿Que le va a molestar, si éste es maricón! ¿Teñís pico?  
 Alguien me da un agarrón en el sexo. Insisten en que les describa los órganos sexuales de Eva, el color de sus pendejos, la forma de sus tetas. Quieren saber qué hacemos en la cama, cómo y qué nos besamos. Si mis respuestas son evasivas o demorasas, viene la descarga.  
 — ¡Y por qué no hai teñío hijos, huevón? ¿Vis que soy marica?  
 — ¿Qué hace esta huevona?  
 Me arriesgo a cambiar mi declaración del primer interrogatorio, puesto que Eva no es diplomática sino desde después del golpe. Mi sistema defensivo funciona automáticamente.

-- Es periodista, señor.

Se me ocurre que eso puede aconsejarles alguna prudencia.

-- ¿Y sobre qué escribe?

-- Sobre el hogar, señor.

El golpe eléctrico vuelve a retirarme los pies del suelo.

Caigo muy duramente y al instante me incorporo a punta de patadas. No dejo en ningún momento de jadear y temblar.

-- ¿Nos estai tomando el pelo, huevón? Habla.

-- Para un programa. Sobre el hogar. En todo el mundo, señor. La mujer en el hogar, señor, los niños, señor.

Quieren saber cómo nos conocimos, cuándo llegó a Chile, cómo envía sus informaciones.

-- ¿De qué partido es?

-- Socialdemócrata, señor.

Eso parece gustarles.

-- ¿Le pagan en dólares?

Eso sería un grave delito, si no se comprueba su conversión legal.

-- En escudos, señor.

-- ¿Cómo en escudos? ¿Quién le paga?

-- La embajada, señor. La radio es del Estado.

-- ¿Y que sabe ella de la embajáa? ¿Que es lo que te cuenta a vos?

-- Tiene mucho trabajo, señor.

-- ¿Y los asilados, huevón?

Uno me ha abierto la camisa y me agarra una parte del pecho, hundiéndome las uñas.

-- Sabe que están ahí, señor. Tiene prohibido verlos, señor.

-- ¿Cómo que prohibido, desgraciao? ¿Y no sabís que mientras vos estai aquí ella está culiando con el huevón de F.?

F, es uno de los asilados en la embajada.

-- No sé quien es F. Eso es mentira, señor.

El garrotazo en el hombro. El otro me arranca los pelos del pecho. Realmente no sé si grito, a veces. No me escucho. Tengo la boca muy seca. Las palabras me raspan la garganta.

El coro de insultos se ha elevado, despues de mi última respuesta.

-- ¡Que le va a importar que la otra esté culiando con F.!

-- ¡Cornudo!

-- ¡Maricón!

Me pregunto si realmente no tienen a la vista mi declaración anterior. No puedo explicármelo. Hay uno que parece estar en el centro del coro y cuya voz es más grave y "culta":

-- ¿Y este cuaderno?

Pregunto sus características y vuelvo a contar la historia de las anotaciones de Eva. No insisten.

-- ¿Que piensa ella de la Junta?

-- No entiende nada de política chilena, señor. Por eso tomó esas anotaciones.

El que me tiene agarrado del pecho no afloja. Pero los golpes de corriente cesan por un rato. Arriba, sobre el cielo, se oye de vez en cuando el sonido de un piano. Es como si alguien, distraídamente, haciendo otra cosa, pasara una mano por las teclas.

Me preguntan por diversas cartas recibidas tanto por Eva como por mí. De ello deducen mis actividades.

-- ¿Así que soi escritor, huevón?

-- Sí, señor.

-- ¿Y sobre qué escribís?

-- Sobre mi vida privada, señor.

-- ¿Son libros homosexuales?

Anotan sus títulos. Preguntan cuánto me han pagado por ellos. Sin pensar, doy cualquier cifra, exorbitante. Que qué he hecho con ese dinero. Si lo he gastado en drogas.

-- ¿Y esta pomada, huevón?

Me leen el nombre de una supuesta pomada. Realmente no la recuerdo. Digo que podría ser de Eva, pero que no estoy seguro. Hay como un intervalo. La corriente sigue pasando por mis piernas, pero debilmente, como cosquilleándome. El del "centro" dicta a otro mis "declaraciones". Por un instante, creo que el interrogatorio ha terminado. No entiendo un ápice de su utilidad. Pero súbitamente la corriente me arranca las tibias de su sitio, como haciéndolas bailar solas, desprendidas de la carne.

-- ¿Donde está Miguel Enríquez?

Insisto una y otra vez en que no lo conozco, y cada vez las descargas me hacen caer y las patadas levantarme. Debo tener los codos deshechos, pues con ellos me afirmo al caer y al ponerme de pie.

-- ¿Cómo se escribe su apellido?

Deletreo Henríquez, con H, pues el otro es muy raro en Chile y revelaría un conocimiento íntimo.

-- Así que conocís el truco, huevón.

El dorso de un puño gigantesco cargado de anillos hirientes me recorre la otra parte del pecho, por la derecha. En un tono íntimo, ávido, una voz me confiesa al oído, de tiempo en tiempo:

-- Putas que te tengo ganas, flaco. Putas que te tengo ganas.

No sé hasta cuando voy a durar. No sé cuál será mi límite. No tengo la menor experiencia de mis fuerzas. Me tiran hacia adelante y me dan un empujón.

-- Siéntate, huevón.

Es una silla de lona, al parecer, con brazos, muy inestable. Me llega un pequeño golpe de corriente, siempre en las piernas y me echo hacia atrás.

-- Si te caís, huevón, vai a caer al hoyo. Asunto tuyo.

-- ¿Que hiciste el 29 de junio?

Es la voz grave. Mi cerebro está en blanco. Trato de buscar cuándo fué junio, dónde está junio. Nada.

-- No sé, señor.

Pasa la corriente. Levanto las piernas. Me balanceo. Siento las rodillas como lámparas que estallan.

-- Pal tanquetazo, huevón.

-- En mi oficina, señor. Lejos del centro.

En verdad, no recuerdo. Sólo está la imagen de Allende, en la noche, hablando desde un balcón de la Moneda y mostrando al pueblo los héroes militares que habían "vencido" a sus compañeros precursores del golpe. La gente había gritado "paredón" y se retiraba, desilusionada.

— ¿Y el 11 de setiembre, huevón, qué hiciste?  
 — Estaba en casa, señor. No alcancé a salir. La descarga es muy violenta. En esta posición, ahora, me golpea sobre todo en las rodillas, me las hace explotar brutalmente. Tengo que hacer fuerzas a la vez para encontrar los golpes y no volcarme con la silla, pues realmente creo que caería a un precipicio. No tengo por qué dudar. La voz me sale muy entrecortada, en sordina, como soplidos secos, sin vibración. No tengo una gota de saliva. Como de palo, el interior de la boca:  
 — En casa, señor. Por las balas, señor. Cigarrillos. Cuando dejaron salir. Salí. A comprar cigarrillos, señor.  
 Y es cierto. Buscar cigarrillos en medio del pavor, de los heridos, de los cuerpos tendidos de los prisioneros o muertos, de las ambulancias, los bomberos, los blindados.  
 — ¿Y a quienes escondiste en tu casa? ¿Eran del MIR?  
 — No, señor. A nadie.  
 No puedo soportarlo más. La corriente me muerde los huesos, me triza las rodillas. Quisiera poder decir cualquier cosa que pusiera fin a las descargas.  
 — ¡Cómo que nadie, desgraciao! ¿Quienes durmieron en tu casa el 20 de diciembre?  
 — Periodistas, señor. Dos. Austriacos. Amigos de Eva. Los pilló el toque. De queda, señor.  
 Ciertamente no lo recuerdo. Pueden haber sido esos periodistas. Pero puede haber sido un matrimonio que temía ser aprendido en su casa esa noche. U otra noche. ¿Es ésa una de las denuncias que han hecho sobre mí? Dejo caer la cabeza. Desaparecer.  
 — ¿Dónde está Eva?  
 — En su trabajo, señor.  
 — ¿A que hora llega a su casa?  
 — A las seis, señor.  
 — Vamos a traerla pa'cá, huevón. Pa mirarle el anillo de cobre.  
 Risitas. Por la izquierda, uno vuelve a agarrarme el pecho, con las uñas prontas. Por la derecha, los anillos me raspan la tetilla. Un par de segundos de silencio. ¿Se aburrieron? Surge una nueva voz:  
 — ¿Dónde trabajai vos?  
 — Trabajaba en el Instituto X.  
 — ¿Cómo que trabajabai?  
 — Lo clausuraron, señor.  
 Otra voz:  
 — ¡Claro, pos huevón! ¡Que te creíai vos!  
 La anterior:  
 — ¿Y que hacís ahora?  
 Miento:  
 — Me ofrecieron otro trabajo. En la misma organización. Tenía que presentarme.  
 — ¿Cuando teníai que presentarte?  
 — El seis de marzo, señor.  
 — Puh, no vai a estar vivo, huevón.  
 — ¿Y que hay hecho desde setiembre?  
 — Escribía, señor. Leía.  
 — ¿Querís decir que no hai hecho náa? ¿Hai estao viviendo a costas de esa huevona?  
 — No, señor.

— ¡Cómo que no! ¡Vago de mierda!  
 — ¡Cafiche!  
 — ¡Descarao! ¡Maricón!  
 Es el coro. Y a cada voz el golpe de corriente. Realmente soy — mi cuerpo es — por un simplísimo sistema de reflejos condicionados insultos-castigo, todo lo que ellos gritan.  
 — ¿Dónde están las armas?  
 — ¡Armas! ¡Qué armas, señor!  
 — En el Instituto, no te hagai el huevón.  
 — La policía nos registró, señor. Se llevaron todo. Puros papeles.  
 — ¿Y las armas? ¿Dónde las escondieron?  
 Las uñas se hunden y van arrancado, al cerrarse, los pelos del pecho. Doy patadas contra las descargas. Los gritos no me salen. Esto es eterno, entonces.  
 — Nadie allí. Sabía. Disparar. Eran teóricos. Teóricos, no más, señor.  
 — ¿No sabís que esos son los peores, huevón? ¿Los que empujan a los asesinos?  
 Es la voz grave, que se ha aproximado. Me pisan ambos pies, para que no los dispare con las descargas.  
 — ¿Y el director? ¿Hay estao con Magus después del 11?  
 — Sí, señor. Hace poco. Lo encontré en la calle.  
 — ¿De qué hablaron?  
 — Le pedí queapurara. Mi nuevo trabajo, señor.  
 — ¡Desgraciado! ¿Y el 18 de enero, maricón?  
 No encuentro nada. No tengo memoria. No logro recordar en qué mes estamos, para entónces calcular cuándo fué enero. La corriente circula. Va a venir el golpe.  
 — ¡En el número 6 de la calle Bach, infeliz!  
 Ahora caigo. Pero si era tam simple. Siento un desahogo, no hay nada que ocultar:  
 — ¡Pero si fué el cumpleaños de Sofía!  
 Nos habíamos reunido varios ex compañeros de trabajo en casa de Sofía, entre ellos Magus, y otros amigos, para celebrar el cumpleaños de ella. Yo había ido con Sara y más tarde había llegado Eva.  
 — ¿Fué una reunión de la resistencia, maricón?  
 La descarga eléctrica fuertísima y a la vez las pisadas que me trituran los dedos de los pies. Curiosamente, ello en cierta forma amortigua la corriente.  
 — ¡No, señor!  
 Realmente, no habíamos hecho otra cosa que beber. Yo no me había ocupado sino de mirar a Sara y, luego, de sustraerme a la incomodidad de la presencia de Eva. No tengo idea de lo que hacían los otros. Beber complusivamente, tal vez nada más.  
 — ¿De qué hablaron? ¿Qué acordaron?  
 Es inútil que con mis sonidos de fuelle desvencijado yo grite que no, que sólo bebimos y hablamos de tonterías y que no recuerdo una palabra. No me creen. Que se habló de política. Que se acordó algún plan. Que repita lo que dijo Magus. La corriente me roe los huesos. Los pelos del pecho salen de cuajo con las uñas. Los anillos se ponen a golpearme el otro lado como un tambor. Sé que cuando el tipo golpee en serio va a reventarme. Tengo que inventar algo, lo que sea.

— Habló. De la situación. Económica, señor.  
— ¿Que dijo?  
— Que..... a corto plazo..... Las condiciones eran favorables para la Junta. Pero que. La situación interna. De Estados Unidos.....  
Me toman de la blusa y me arrancan violentamente de la silla.  
— ¡Ya! ¡Te cagaste, huevón!  
Me desatan las muñecas, por detrás.  
— ¡Desnúdate! ¡Rápido!  
Tengo las manos rígidas. Me quito la ropa, tambaleando. Tengo la impresión de que he pasado muchos días aquí y de que voy a seguir aquí, siempre. Odio mi capacidad de seguir despierto. Me hacen caminar, a golpes. Me hacen subirme y tenderme en una especie de camilla alta recubierta de algún plástico. Me atan de cada pie y me tiran los brazos hacia atrás, atándome también de las muñecas. Mi cuerpo queda muy estirado. No puedo hacer el menor movimiento. Me dispongo otra vez a morir, pero ahora sin imágenes. Vacío, en blanco. Sólo la noción de cuerpo vivo que va a morir. Ponen una especie de anillo o dedal en mi sexo.  
— ¿Qué dijo Magus?  
Me tiemblan las mandíbulas. No sé qué decir, no se me ocurre qué inventar. Volteo la cabeza, de un lado a otro, la boca abierta. No me sale nada. Entonces me introducen algo bajo la lengua y una mano me cubre la boca. La descarga estalla simultáneamente en la lengua y en el sexo. Me desgarran los hombros al tratar de contraerme. No pierdo la conciencia. El dolor corresponde, por una parte, a una mutilación. Es como si me arrancaran el sexo de raíces, como una dentellada que me deja abierto y, arriba, en la boca, como una explosión que volara toda la carne, que dejara los huesos de la cara y del cuello al desnudo, los nervios petrificados, en el vacío.  
Es más que eso, no hay memoria del dolor.  
— ¿Propuso actuar contra la Junta?  
Muevo la cabeza de arriba abajo, muchas veces, rápido. Sí, propuso todo lo que quieran que haya propuesto. Llega otra descarga, menos violenta.  
— ¿Quiénes estuvieron de acuerdo?  
Me quitan la mano de la boca. Mi lengua está rígida, la piel del paladar contraída, seca como una cáscara de nuez. Casi no escucho lo que digo, ásperamente. Nombro algunos y en mi cuidado de omitir a alguien nombro a otro que no estaba allí.  
— ¿Y dijo que estaba colaborando en la campaña internacional del marxismo contra Chile?  
Por supuesto que sí, todo lo que quieran.  
— ¿Y pa esto te complicabai tanto, concha'e tu maire?  
Me dan una última descarga en el sexo, como de despedida. Me desatan.  
— ¡Vístete, maricón!  
Me deslizo de la camilla y busco a tientas con las manos por el piso, en distintas direcciones. No recuerdo donde me han desvestido.  
¡Rápido, mierda!

**Me conducen a patadas. No hay tiempo para atender al dolor. Confundo las ropas, no encuentro los huecos de los pantalones.**

— ¡Primero los calzoncillos, mierda! Vístete bien. Logro vestirme bajo una lluvia de puntapiés. La voz grave viene de lejos:  
— ¿Quieres declarar algo más?  
Se me cae la cabeza. No, nada más. El de los anillos vuelve a tocarme:  
— Ahora vamos a traer pacá a estos huevones. Si no hai dicho la verdá, entonces sí que vai a saber lo que es bueno.  
¿De acuerdo?  
Me desatan el nudo de la capucha contra la nariz, vuelven a atarme las manos por detrás y me dan un empujón para abrir la puerta. Afuera me coge alguien otra vez del borde delantero de la capucha y me arrastra.  
No siento las piernas. Me da la impresión de que estamos al aire libre.  
— ¡Sube, huevón!  
Busco en el aire con un pie por todos lados. No hay nada. Un coro de risotadas. Me llevan a otro lado. Me levantan y me empujan. Caigo cerca de otro cuerpo. Reconozco de algún modo que es Manuel. El camión se pone en marcha. Nos sentamos contra la pared y apoyamos la cabeza el uno con el otro.  
— ¿Cómo estás? — le pregunto.  
— Mal, compañero. ¿Y tú?  
— Mal, compañero.  
Nos estrechamos las cabezas encapuchadas. No decimos nada más. Respiramos con las bocas abiertas, jadeantes.  
El camión se detiene. Abren los cerrojos y alguien sube. Nos sacan las capuchas. Es uno de los soldados conocidos del campamento. Nos mira sin asombro, un poco sonriendo de reconocernos. Grito, mientras me desata las amarras. Veo que tengo la piel de las muñecas profundamente rebanada. Esta vez nos ayudan a bajar. El oficial joven y de rasgos finos nos está esperando. Me mira, algo chocado, con un aire de compasión impotente.  
— ¿Le pusieron corriente?  
No contesto. Insiste dos o tres veces. Asiento con la cabeza. Hace un gesto de disgusto. Viene el "Patá en la Raja" y nos toma de los brazos. Nos hace entrar al otro patio, el que hemos visto siempre desierto, excepto cuando podíamos espiar a través de la empalizada.  
— Ustedes quedan ahora en libre plática— nos dice— Pueden dormir si quieren. Pero cuidado con tomar agua en seis horas.  
Nos hacen entrar en una de las cabañas. Está llena de prisioneros que nos miran solícitamente. Les recomiendan que nos cuiden, que no nos dejen tomar agua. Pregunto si puedo quedarme un rato al sol. Sí, puedo. Me siento en un palo, en el patio. "Patá en la Raja" me pone disimuladamente un cigarrillo en la mano. Me lo enciende.  
— Con cuidado, huevón. Si me pillan me cagan. Aspiro el humo, rápido, para emborracharme. El sol es radiante, pero tiemblo de pies a cabeza. Siento mucha lástima por mí, mucho frío por mí. ●

# POESIA

Omar Lara  
Luis Roberto Vera  
Juan Eduardo Esquivel  
Efrain Barquero  
David Valjalo  
Jose de Rokha  
Sergio Macias  
Jaime Valdivieso  
Mahfud Massis  
Osvaldo Rodriguez

## MEDIODIA

*Se ve gentes felices.*

*En la semipenumbra de la niebla  
vientres enormes, estridentes, cándidos.*

*Un anciano (parece que soñara) escribe cartas, tranquilo;  
entra a misa, invadido de buenos sentimientos.*

*Parece que soñara.*

*Se ve gentes felices.*

*Niños chillan, se pierden entre los edificios roñosos,  
el sonido de la música a través de los tilos se confunde  
con el estallido certero*

*en los huesos*

*en la sangre.*

*Algunos paseantes se detienen trémulos  
con brusquedad.*

## PAISAJE

*Sorpresivamente el cielo se puso de un color anaranjado  
Y en las nubes se formaron espacios como grietas  
Con un fondo azul intenso.*

*Más tarde todo pareció arder*

*Y sobre los cerros negros hasta entonces invisibles  
Vimos caer una ceniza roja.*

## LA ARENA, EN TANTO, TRAGA LOS GUIJARROS

*El caminante tira piedrecitas  
no quisiera volver pero entretiene  
su caminata, su ocio  
trazando una engañosa huella.*

## AQUI O EN LA QUEBRADA DEL AJI

*Solzhenitzyn se reunió con su familia en Berna  
El mundo baila en una pata con la buena nueva  
El, cabizbajo y barbón, se deja querer por la UPI  
Y sus ángeles de la guarda.*

*Es bueno que Solzhenitzyn esté con su familia.*

*Amor mío yo me junto contigo donde sea*

*Me haces una falta del carajo*

*Aunque la noticia no aparezca en los diarios*

*Y los radiofotos no te lleven mi imagen*

*Vagando sin sentido por las calles de Lima.*

## BIENVENIDAS CALLES DEL PERU

*Bienvenidas calles del Perú*

*y todo lo que se mueve y suena sobre ellas  
bienvenidos sueños*

*dedos y pelos de Alexis, Berta, Andrés y Claudia*

*bienvenida noche guadañosa*

*bienvenidos bultos nocturnos*

*que me llegan sin franqueo*

*y mi pieza*

*rebalsan ya.*

## ● OMAR LARA

### DIRECCIONES

*Quién piensa en el olvido.  
No es dable escabullirse  
entre la arena podrida del sur  
y aquesta absurda ausencia.*

### CAFE VIENES

*Tiempo propicio a la memoria.  
Pirata al asalto desposeído  
pirata al asalto*

*de su única propiedad.*

*Todo calculado  
también el lugar y el momento de sucumbir.*

*Oh esta rara manía  
vieja idea indigesta.*

*Las moscas trasladan el cielo.*

*Al asalto de dos inocentes presuntuosos  
los autos dan vuelta la manzana  
con sus bocinas abiertas;  
vacían sus estanques de bencina  
en torno al edificio.*

*Nos recuperarán ( se oye decir ).*

*Opondremos este cielo raso agujereado  
cagado de moscas.*

### LLUEVE EN ENERO DE 1973 EN VALDIVIA

*Tras las ventanas de aquella casa  
se mueven sombras que parecen manos.*

*Pareciera que alguien viene llegando.*

*No se engañe, son hojas de nalca, heridas,  
mordidas por los bichos.*

● LUIS ROBERTO VERA

CALIFORNIA, 11 de SEPTIEMBRE " 73

*Old golden hills  
their texture  
like the skin of someone you could love.  
Y en Santiago de Chile  
tus amigos caen en las calles  
envueltos en sangre, humo y vergüenza.*

● JUAN EDUARDO ESQUIVEL

RECORDANDO A LOS POETAS

Por ejemplo:

*Los "marines" llegan y se van.  
Un día se acuestan con la viuda  
para no responder jamás.  
Serán otros, eso sí:  
las oscuras águilas, que regresarán.  
A los muertos los entierran en  
Vietnam.  
Infantes del napalm  
Será de la misma sangre:  
el que a hierro mata. . . . .  
si acaso volverá. . . . .*

● EFRAIN BARQUERO

NUNCA LO OLVIDES

*Tú naciste en un 11 de Septiembre  
un 11 de Septiembre  
Tú naciste mucho antes que amaneciera  
antes que amaneciera.  
Tú naciste cuando en lugar del día  
volvió otra vez la sombra.  
Tú naciste cuando en lugar del sol  
nació una cruz de hierro.  
Tú naciste cuando un hombre moría  
cuando moría el pueblo.  
Tú naciste cuando moría un hombre  
desnudo como tú.  
Tú naciste cuando ardía su sombra  
cuando ardió su bandera.  
Tú naciste como él en una casa  
en una casa en llamas.  
Tú naciste cuando este hombre se dobló  
para seguir combatiendo.  
Tú naciste cuando la muerte lo cubrió  
con desnudez de pueblo.*

● DAVID VALJALO

31 DE DICIEMBRE DE 1973

*Prepárate. Es un hábito,  
repetir al final el mismo número.  
En las cartas, en los cheques,  
en cualquier documento legal  
o burocrático.*

*Prepárate. Viene enero.  
Coloca bien el año.  
Cambia el 4 por el 3, como antes  
fué el 3 por el 2.*

*Que mala suerte,  
no aprender  
la lección correctamente.*

*Prepárate. Es la fecha  
del fraternal abrazo,  
del propósito inútil,  
del saludo distante.*

*Escribe bien la fecha  
que es probable,  
que no puedas hacerlo  
nuevamente.*

PAN

*La harina fría dulcemente arde  
en el pan amasado de repente.  
El blando pan ganado duramente  
llega a la mesa casi siempre tarde.*

*Este pan cotidiano sin alarde,  
este pan que padece un accidente,  
este pan sin apoyo ni adherente,  
llega a la mesa casi siempre tarde.*

*Este pan que carece de pericia,  
este pan que ha perdido su licencia,  
este pan que no quiere descendiente,  
este pan que no ha sido una primicia,  
este pan que no tiene residencia,  
blando pan amasado duramente.*

● JOSE DE ROKHA

¿ DONDE ESTA ?

Dónde está Bautista van Schowen  
entre qué despojos  
la borrachera del instinto criminal  
lo ha desechado  
a qué abismal dolor  
aquellos lo arrastraron.  
Millones de ojos limpios  
a través de las paredes  
en donde esconden el placer degenerado  
de matar  
los miran.

Dónde estás

joven compañero  
desde qué obscuridades se abrirán tus ojos  
dándole azul a los infames muros  
desde qué rincón estarás escuchando la lluvia  
rodeado de asesinos espectrales.

Oídlo bien jóvenes,  
uno como ustedes, lleno de luz,  
ahora se desangra.

En esta barraca del horror  
donde el gemido impregna las maderas  
de esta sucia morada de lo imbécil  
que ellos han hecho de mi patria  
bajo un cielo de plomo  
de sangre y de basura  
enfrenta el dolor  
al odio anormal  
de los que eligen  
la cornuda vocación  
de dar la muerte.

Ahí está.

Grabab bien ese nombre  
Bautista van Schowen  
treinta y un años  
médico

Mirista  
conciencia entera  
cuerpo torturado.

● SERGIO MACIAS

LA SENTENCIA

En polvo te convertirás.  
Pero la lluvia renacerá en tus huesos.  
Tu vino lo beberá otra boca,  
y tus besos cantarán en el agua,  
en los árboles,  
en el viento,  
mientras una mariposa negra revolotea  
sobre los párpados de tu hijo.

LAS CALLES DE CHILE

Cuando las calles de Chile recobren la alegría.  
Yo bailaré contigo la cueca del triunfo.  
Nos pondremos el poncho de la primavera.  
Espuelas de sangre y estrellas.

EL DIOS DE LOS RUEGOS

Bajó de las alturas. Cruzó la cordillera. Llegó  
justamente a Chile para cerrarle los párpados a los muertos.  
Cuando volvió a montar vomitaba cuajos de tristeza.  
Galopó sin descanso. Saltó las alambradas de púas.  
Desgarrado se sentó en la soledad de su reino.

A LAS ORILLAS DEL BALTICO

Pienso en tí.

Recorro tus caminos.

( Andabas con tus pies desnudos sobre la hierba,  
cantando viejas melodías del sur )

Pero la tierra no te ignora.

Yo mismo escribo tu nombre en el idioma de la primavera.  
En el exilio una llama de amor enciendes  
a las orillas del Báltico.

TRABAJO VOLUNTARIO

Hoy hago trabajo voluntario.

Taladro el cielo.

Caen estrellas.

Entro como un minero a un túnel sin fin.  
Llevo como herramientas unas simples tijeras,  
para cortarle la cabellera a un cometa,  
y traértela, amor,  
para que te tiendas sobre ellas.  
Para que allí me quieras.

CARTA A GABRIELA MISTRAL

Querida Gabriela, déjame responder  
a tus "Recados" aunque sea  
en esta sola carta.

Yo sé que tú me escuchas  
desde el humo del brasero y el zumbido  
de las abejas en el Valle de Elqui.

Allí naciste entre raíces  
de pino y de pimienta,  
y allí has vuelto a vivir  
después de muerta  
extendida de árbol a árbol  
y de piedra a piedra.

Se dice entre vecinos,  
que por las noches  
se sienten tus lentos pasos  
y como el runruneo de tu voz  
junto a las uvas que envejecen,  
y que a menudo al amanecer  
ven pasar una maestra  
de mirada trágica  
hacia la escuela abandonada.

Sólo te pido ahora  
que no sueltes tus fantasmas,  
sigue pisando fuerte  
y arrastrando cadenas de higos  
por los montes,  
no quiero que escuches  
las botas ensangrentadas  
y el ladrido de los perros militares  
persiguiendo a tus hijos y a tus nietos  
por querer rescatar la tierra, la harina,  
el corazón de tus antiguos minerales.

Maestra de la hormiga y la paloma  
del niño y sus ciruelas,  
madre de humo y de ceniza  
y vuelta a tu ceniza  
precolombina, no me dejes  
de hablar ni ahora ni en diez años,  
acósame con la lengua  
de la avispa y los lagartos,  
pero ensancha cada árbol, suaviza cada espina  
donde se oculte un fugitivo,  
extiende la noche más temprano  
y no dejes que los pájaros  
canten al amanecer,  
hasta que los asesinos y ladrones  
nos devuelvan los "cuatros reinos"  
que tú creaste,  
hasta que el olor de la miel y la aceituna  
ahoguen el odio y el vinagre  
del cuero y del fusil.

● MAHFUD MASSIS

DESTINO

Caminamos por la tierra con los pasos prestados,  
pasos de otros muertos, de otras sombras, a distintas velocidades,  
por moharquiás y presidios menores,  
para encontrar al fin nuestra pobre cabeza  
colgada

del gancho de metal de un carnicero.

A babor y a estribor sólo columnas.

Un espectro inmóvil, una carcajada.

Y yo preguntando tu dirección, averiguando tu nombre,  
la imagen de tu destrozada beldad  
entre los sicomoros quemados.

● OSVALDO RODRIGUEZ

Tomaste tus papeles,  
un ejemplar aún inconcluso de mi último libro  
y te marchaste sin volver la cabeza  
cerrando la puerta tras tu espalda.

Yo, sentado en mi mesa de trabajo,  
bebí un largo trago de vino  
y me fuí inclinando poco a poco  
hasta apoyar la frente  
sobre mi último poema.

Quedarse solo,  
abandonado a uno mismo.  
Sentir asco, rabia,  
ganas de comerse las manos.  
En la calle el toque de queda apaga todo.  
Nadie vive.  
Llueve pesadamente  
y la radio muda, sobre la mesa.  
Así me quedé  
sin aliento,  
sin voluntad para tomar un lápiz  
y rayar tu nombre en una carta  
que no te mandaré nunca.

Yo dejaré tu nombre  
para siempre  
en este papel escrito.  
Bajo el cielo  
que puede  
en cualquier momento cubrirse de metralla.

# La Última Vez que Vi a Neruda

● MIGUEL OTERO SILVA

Le contaré los hechos escuetamente, sin literatura ni interpretaciones. La última vez que ví a Pablo Neruda fué el día que cumplió sesenta y nueve años, es decir, el 12 de julio de 1973. Con ese motivo fuimos a visitarlo María Teresa y yo desde Caracas. Pablo nos alojó en su casa de Isla Negra, en un cuarto de huéspedes con estampa de camarote. Me había reclamado por cable y por carta mi ausencia en la celebración de los sesenta y ocho, acontecimiento que tuvo

lugar un año antes, en su casa del norte de Francia, con asistencia de varios escritores latinoamericanos de su mayor amistad. Pero esta vez el único escritor visitante era yo. Pablo estaba muy enfermo. Lo habían operado de cáncer en París, le habían dicho que se trataba de otra cosa, y él aparentaba que lo creía. Aquel doce de julio de nuestro último encuentro nos disponíamos a almorzar cuando aterrizó sorpresivamente un helicóptero cerca de la casa y descendieron de la cabina el presidente Salvador Allende y su esposa doña Hortensia, quienes también venían a acompañarlo en su cumpleaños. Almorzamos en la habitación del enfermo, que en nada recordaba un cuarto de hospital. Un gran ventanal abierto hacia el Pacífico atestiguaba la presencia constante del mar. Dos grandes jaulas colmadas de pájaros aportaban memorias de bosques con sus colores y sus cantos. Adornos rojos y azules de papel colgaban del techo. Por una rara coincidencia, el presidente Allende y yo le habíamos traído exactamente el mismo regalo: un galón de Whiskey escocés de idéntica marca e idéntico embotellaje. Matilde Neruda sirvió el aperitivo de la botella del presidente, como era lógico. Durante dos horas Pablo fué el luminoso conversador de toda la vida: apasionado, poético, ingenioso y profundo. El tema central, aunque tamizado a causa de mi condición de venezolano, fué naturalmente el peligro reaccionario que amenazaba al gobierno de la Unidad Popular. Allende me dijo de repente: 'Ni pienses que tu periódico de Caracas va a anunciar alguna vez en primera plana que Salvador Allende, si lo derrocan, fué hecho prisionero, se refugió en una embajada. En todo caso dirá que lo asesinaron y nada más.' Y ante mi cara de susto añadió: 'Pero no te preocupes que eso no va a pasar. Yo cuento con la tradicional institucionalidad del Ejército chileno.' Pablo también contaba con eso. Yo no me atreví a discutirles. Finalmente Pablo se durmió y yo descendí con el Presidente las empinadas escaleras que conducían al jardín. Allende me decía en el trayecto: 'El año próximo vamos a celebrar espléndidamente los setenta años de Neruda. Yo me encargaré personalmente de la preparación chilena y tú elaborarás la lista de invitados del mundo entero. ¿Que te parece?' Le respondí: 'Me parece maravilloso, Presidente. Pero usted, como médico ¿cree que llegará a los setenta?, ¿no se nos morirá antes?' Allende se detuvo en el último peldaño de la escalera: 'No solamente yo, sino los especialistas que lo están tratando, opinan que durará varios años más. Celebraremos sus 70 años con el esplendor y la grandeza que él merece.'

Lo demás lo sabe todo el mundo. Dos meses más tarde fué traicionado y asesinado Salvador Allende por los 'institucionalistas' militares chilenos. Y quince días después murió Pablo Neruda, no de la enfermedad que lo aquejaba, sino del dolor de Chile que le detuvo el corazón. ●

# La Noche en que Murio Pablo Neruda

● E S P I G A

'Ya me voy, y vosotros me buscaréis...'  
(San Juan)

Es la hora de los aromos cuando el campo se enjuaga de fragancia y de amarillo. Sabemos, los que te amamos alguna vez, Neruda, que para nosotros no hay fiesta, ni vino en la mesa, ni cumpleaños en tu compañía. El dolor nos pertenece igual que la sangre de los caídos. Tú, el primero? el número mil? Qué importa! ...

Quería que me sonrieras. Estábamos tan espantosamente tristes. Ese jueves por la tarde junto a Nemesio te recordé una anécdota secreta, para que me regalaras tu última sonrisa... me urgía ese rayo de luz en el hueco del ojo, algo recóndito, muy lejano y conocido me hablaba del valor de la paciencia del heroico personaje que se desarrollaría en aquellos de una misma estirpe. Atesorar grandeza de los que uno ama con sus actos sencillos constituye para mí un patrimonio. Tú me regalaste muchos tesoros. Fuiste el magnánimo, el que despilfarró su Genio Poético a la Rosa de los Vientos, el descubridor de un continente, espina dorsal de los Andes, el amigo fiel, el camarada sin dobleces.

Respirabas con dificultad, sin embargo tranquilo. Tú resbalabas de la vida, lo sentía. ¡Ay! amigo poeta. La noche estaba cruzada de balas, el río Mapocho esparcía su rumor de piedras asesinadas, y la luna ajena nos miraba. El charco de sangre me despelleja. Yo venía de dejar solo a mi compañero porque un palpito premonitorio me arrancó de su lado para acompañarte la noche última del Alto Vuelo.

Eras inmenso como el mar cuando el aliento de las olas es pausado... pausado... Yo miraba el reloj mariner. ¿Qué navíos acompañó en sus peregrinajes oceánicos que ahora te acompañan minuto a segundo en tu palpitante postrero?

De pronto se aquietó la ola y sobrevino un tajante silencio. Matilde se acercó a tu lado, lo mismo Laurita. Yo miré el reloj que prorrumpió en un solemne batir de campanas. Eran las diez de la noche. Tu admirable compañera modeló tu rostro con sus hermosas manos que tú tanto amaste y entre las cuatro mujeres que allí estábamos te amortajamos como si fueras a un mitin del pueblo tan amado. Llevabas una camisa a rayas negras y rojas... Así te tendimos en un sarcófago castaño claro.

El Toque de Queda impedía toda compañía, y solas, las mujeres, flacas, menudas y desoladas, aguardamos sobrecogidas en una minúscula banqueta la tremenda noche sin aurora.

La misma bandera chilena que flameó en las concentraciones obreras, en los desfiles de pobladores, en las columnas que serían baleadas por Patria y Libertad, la bandera que desfilaba desafiante a la cabeza de los Cordones Industriales cubrió tu cuerpo que vivió para sembrar estrellas y distinguir la luz del nuevo día. ●

# Ultima Visita a Pablo Neruda

● ARMANDO CASSIGOLI

'Yo hablo de cosas que existen,  
Dios me libre de inventar cosas cuando...'

Finaliza en Santiago un Septiembre de negra primavera. El eco de la pólvora se anida en los capullos que pugnan por nacer. Estado de Sitio; Consejos de Guerra; Toque de Queda en todo el territorio, desde las nueve de la noche hasta las seis de la madrugada; operativos bélicos y patrullas y armamentos por calles solitarias. Orillando la medianoche suena el teléfono: Pablo ha muerto, lo velan en la clínica Santa María. Pena sobre pena, golpe sobre golpe. Pretextando un cargo burocrático en el gremio de escritores, llamo a la comisaría policial de mi barrio y de allí al Ministerio de Defensa solicitando un salvoconducto que me es negado.

Santiago amanece toldado, humedecido por la llovizna, silencioso; algunos ruidos de vehículos a la distancia, camiones militares a mucha velocidad. Averiguo que lo han trasladado a su casa de calle Marquez de la Plata. El periódico anunciaba que lo velarían en casa de unos parientes en calle Recoleta. Estaciono el viejo automóvil a una cuadra de la casa del poeta. Un par de

muchachones anotan el número de las placas y me siguen hasta la misma puerta. Algunos viejos amigos a la entrada. No hay palabras ni preguntas; abrazos y algunas lágrimas por Pablo, por Chile, por todo aquello que nos estaba sucediendo.

A la entrada de la casa, cruzando apenas el umbral, fango, agua, cenizas, indignidad y escombros; dos gruesos tabloncillos colocados improvisadamente permiten el ingreso a la casa devastada.

Conocí esa casa desde 1958, sita en las laderas del cerro San Cristóbal, donde recibía el eco del Jardín Zoológico y el frescor de un riachuelo. Dormí en esa casa, comí en esa casa, la habité en la cálida amistad de Pablo y de Matilde. En aquel tiempo preparábamos el primer número de la revista 'La Gaceta de Chile'. Nos reuníamos en la parte interior, en la sala de estar montada sobre una colina, allí donde ahora el féretro solitario, entre desnudas paredes acusa a la barbarie. Allí antes había un retrato de Matilde pintado por Diego Rivera y la colección de botellas mexicanas y la artesanía guatemalteca y la íntima colección de grabados latinoamericanos y los toritos de Pucara y las mamushkas soviéticas y los bronceos de la China. Allí nos hablaba Pablo a Barquero a Poli a mí sobre la necesidad del escritor de América Latina de vivir, de oler, de palpar, de sentir y escuchar las resonancias de México. Allí por primera vez bebimos la sonoridad de la palabra pulque; el vocablo mezcal, misterioso como la historia de nuestros tatarabuelos indígenas; el término tequila, fiestero y musical. En esa sala de estar montada sobre la colina, con su piso circular, estaba, lo recuerdo el arte popular de todos nuestros pueblos, México, Perú, Guatemala, Ecuador y el Chile llovioso y taciturno.

Aquella casa nueva de Marquez de la Plata, era más compacta, luminosa y cristalina, más personal y acogedora que 'Michoacán', la anterior casa de Pablo, boscosa y precordillerana, en calle Lynch Norte, por Larraín arriba, pasando Plaza Egaña. Todo lo que provenía de manos populares reinaba en esta nueva casa, toda la vernácula artesanía se concentraba en esa pieza circular, presidida por la llama pelirroja del pelo de Matilde, salido de esas manos sabias, regordetas y geniales de Rivera...

A través del improvisado puente, agua, lodo, escombros y ceniza. La escalera de trabajado metal desgajada. En la sala redonda el féretro de madera clara y algunas pocas coronas trasnochadas. Matilde en un rincón seca, vacía ya de lágrimas; Laurita, la hermana como soñando un sueño de fidelidad saturada de penurias observa el cajón; Teruca, la amiga de siempre, sin lágrimas también; Homero Arce, el poeta y leal amigo de ésta y otras vidas, con sus manos de pájaro trata de ordenar lo inexistente, porque en esa estancia, en esa sala de estar, en esa casa no hay ya nada

sino la hazaña criminal. Y si me atrevo a decir que allí no había nada es porque nada había allí, ni muebles, ni lámparas, ni cuadros, ni artesanía, ni vidrios, ni chapas en las puertas, ni focos, ni llaves en los caños del agua, ni siquiera algo en su debido lugar. Sólo maderas quemadas, vidrios triturados y algunas flores y Pablo como durmiendo con su camisa a rayas, su chaqueta gastada y el bigote incipiente en su cara de maestro de la palabra que hablamos trescientos millones de personas.

Salgo al jardín, faldeos del cerro santiaguino; un grabado dedicado al poeta, roto y luego pisoteado; unos restos de fotografías esparcidas por el fango; trozos de un vitral multicolor y más palos quemados y una prenda de vestir irreconocible sobresaliendo del barro.

Quizás pueda ser difícil saber quiénes mancillaron la casa, quiénes comenzaron el saqueo, quiénes inundaron los aposentos, quiénes intentaron incendiarla. Pero sí sabemos quiénes alentaron y permitieron que ello se realizara.

Un periodista extranjero fotografía a todos los que llegan. Tímidos obreros suben y bajan desolados. Setenta horas después escucharemos por la radio un parte oficial de los militares: 'Hoy día finalizan los tres días de duelo por la muerte del poeta Sr. Nefthalí Reyes Neruda.' El duelo no decretado fué suspendido por algún coronelito de turno.

No fué la tuberculosis quien llevó a la tumba a César Vallejo: murió de España. El cáncer no arrojó a Neruda de bruces en la muerte: murió de Chile. Son los tiempos que sobrevivimos.

Nuestro largo país polar y andino tiene dos de los tres premios Nobel de Literatura de América Latina. Uno fué Pablo Neruda que en estas líneas veneramos. El otro, Gabriela Mistral, la maestra rural del Norte Chico, la mujer que en estos días ha muerto nuevamente. En apresurado y comprimido tiempo, obreros, técnicos, arquitectos, ingenieros, artesanos y artistas chilenos, construyeron un hermoso edificio en el centro de Santiago para sede de la Untac Tercera. Luego del evento internacional, el propio Salvador Allende lo cedió al pueblo para actividades culturales y lo denominó 'Edificio de la Cultura Gabriela Mistral'. Hoy día, a estas horas alberga a la milicia y ha sido rebautizado con el nombre de un comerciante del siglo pasado que llegó a ocupar un ministerio.

Esto ocurrido a Pablo y a Gabriela es el natural homenaje que la imbecilidad puede rendir a la inteligencia, que la fuerza bruta puede rendir al espíritu de un pueblo encarnado en sus máximos creadores.

Las tropas de ocupación que en este tiempo aherrajan al pueblo de Chile temen a la poesía, saben que ella es un arma en manos de los poetas que cotidianamente conversan con el pueblo. ●

México D.F. Noviembre de 1973.

# Carta a Pablo Neruda desde Sabana Grande

● GONZALO ROJAS

Pablo, ya ves, no es cosa de coraje, pero no pude. De poeta a poeta: no pude. Ya dije lo que dije cuando hubo que decirlo hace dos años encima del volcán. A la luz de la sangre es otra cosa, pero con tinta para qué.

¡Tinta de aniversario!

Pensé correr más rápido, escribirte de golpe las líneas que me faltaron esa vez. Pero no pude. Me llamaron por teléfono: --'Tres carillas, dos.' No pude. Claro, antes sí, cuando septiembre era septiembre para todos y nadie nos había envilecido hasta mancharnos por dentro. Hasta mancharnos la nieve libre de nuestra cordillera, cuando aún no bajaban nuestros ríos tintos en sangre: ¡antes sí! Antes, mucho antes de tu casa inundada barranco abajo, tiempo abajo, San Cristóbal abajo, domingo 23 — cieno, velorio, cieno: y hasta cuando la muerte —; antes, claro sí. De acuerdo, ahí mismo, o antes, en Los Guindos! De acuerdo, y desacuerdo, porque tampoco vamos a decir que no empezamos discutiendo como ha de ser entre los hombres. Acuerdo y desacuerdo para ver el mismo sol con los ojos cerrados, te digo entonces que antes. En Temuco, en Arauco, donde el Cautín y el Lebu se nos amarran en un mismo rio-origen, antes, ronco origen, Frontera, con las piedras, Pablo, límpidas allá en el fondo.

Diálogo tuyo y mío: de eso no se escribe. Se habla solo. Se habla solo de éso, solo, solitario, yendo-viniendo. Se habla mirando el Báltico, el Caribe, el gentío a lo largo o a lo ancho en el estrépito de esos pasos perdidos en Roma o en París. O en este cráter de Caracas sin parar, Sabana Grande que arde y arde. O en el Madrid que amabas, entre uno y otro avión, donde me lleve el viento. Se habla en lo alto solo contra los vidrios, solo, sonámbulo. ¡Ay, Cerró Mariposa! ¿dónde están los errantes? ¿En tu casa que vuela allá en Valparaíso? ¿O aquí no más, callados, Monte Avila del mundo? Contra la muerte, Pablo. ●

# Palabras de Homenaje a Gabriela

● ALEJANDRO WITKER

La insigne poetisa ha pasado a ser una de las figuras más veneradas de la escuela chilena. La escuela tradicional, fiel a los objetivos de su ideología liberal, antes de canonizar a Gabriela, procedió a desfigurar y ocultar su pensamiento social.

En efecto, ¿identifica el chileno medio a Gabriela Mistral con una firme y clarividente postura anti-imperialista y denunciadora del latifundio? Evidentemente que no. La Gabriela de nuestros colegios está en los antípodas de los escritores comprometidos, ella es la tierna maestra creadora de las rondas infantiles y la mujer sencilla que logró el máximo galardón de la literatura mundial.

Pero Gabriela fué mucho más que eso. EL GRITO, de 1922, es un explosivo manifiesto bolivariano que llama a los pueblos latinoamericanos a realizar su unidad favorecida "POR DOS COSAS ESTUPENDAS: LA LENGUA QUE DIOS LES DIO Y EL DOLOR QUE LES CAUSA EL NORTE".

En 1925, en carta dirigida al líder socialista argentino Alfredo Palacios, le expresa sin rodeos su posición anti-imperialista: "los hombres y las instituciones sin honestidad que hay en América española, los gestores comerciales y los escritores con venalidad pronta, son los auxiliares más eficaces y fatales del capitalismo yanqui, los que van lentamente hipotecándonos y que pueden acabar entregando a las generaciones futuras unas patrias en teoría, pero, en verdad, con sus riquezas entregadas a Norteamérica".

Cuando en las montañas de Nicaragua, César Augusto Sandino, al frente de un pequeño ejército guerrillero se alzó contra la ocupación de su país por los infantes de Marina, Gabriela se conmovió profundamente: "el general Sandino, escribió en 1928, carga sobre sus hombros vigorosos de hombre rústico, sobre su espalda viril de herrero o forjador, con la honra de todos nosotros. Gracias a él la derrota nicaragüense será un duelo y no una vergüenza: gracias a él, cuando la zancada de botas de siete leguas que es la norteamericana vaya bajando hacia el Sur, los del Sur se acordarán de 'los dos mil de Sandino' para hacer lo mismo".

Gabriela reprochaba a quienes apoyaban a Sandino "desde su escritorio o desde un Club de Estudiantes", y les decía que "harían cosa más honesta yendo a ayudar al hombre heroico, héroe legítimo, como tal vez no les toque ver otro, haciéndose sus soldados rasos. (Al cabo tiene Nicaragua dos fronteras no demasiado pequeñas y que es posible burlar.)

Cuando menos, si a pesar de sus arrestos verbales, no quieren hacerle el préstamo de sí mismos, deberían ir haciendo una colecta continental para dar testimonio visible de que les importa la suerte de ese pequeño Ejército Loco de Voluntad de sacrificio. Nunca los dólares, los sures y los bolívares suramericanos, que se gastan tan fluvialmente en sensualidades capitalinas, estarían mejor donados".

Su adhesión a Sandino fué ilimitada: "El Angel de los oficios, no le dió en vano el de herrero: iba a necesitar el hacha más ligera para alzarla y más pesada para dejarla caer. Se le oye el resuello fatigoso y dan ganas de enderezarle el viento para que ayude a sus pulmones".

Gabriela postuló un nacionalismo concreto que la escuela chilena no supo convertir en su más trascendental lección: conocer el país real, valorar y conservar sus recursos, imponer la justicia social. Comprendió que para realizar el ser nacional había que desarrollar una política transformadora y sin ambages llamó a "LAS MUJERES, Y AUN A LOS NIÑOS, A HABLAR DE POLITICA", para defender las riquezas de nuestros pueblos y para imponer "UNA SALVADORA DIVISION DEL SUELO."

Su visión de la escuela estuvo lejos del pedagogismo que limita el horizonte del maestro al pupitre y al cuaderno del alumno. Llamó severamente la atención hacia ese niño 'QUE SE LLAMA HOY Y NO MAÑANA Y QUE NO PUEDE ESPERAR'.

Con amargura se quejaba de aquellas maestras indiferentes con la realidad social de la escuela: "conozco maestras, decía, que sienten vergüenza de venir del pueblo, el olvido de toda solidaridad con su carne, el renegamiento de su clase, la indiferencia absoluta para los problemas obreros que tanta relación tienen con la Escuela."

De esta Gabriela, escritora comprometida, poco o nada se sabe. La Escuela liberal se las ha arreglado para aprovechar su gloria, ocultar las filudas aristas de su pensamiento crítico y forjarle una imagen etérea en torno a la cual convergen los elogios por encima de las clases y todas las barreras ideológicas.

Algunos políticos, aprovechándose de esta desfiguración de la imagen real de Gabriela, han utilizado su memoria en apoyo a candidaturas reformistas. Han dicho que Gabriela prometió levantarse de su tumba para celebrar la victoria electoral de un hombre al que vaticinó tempranamente su arribo a La Moneda. Es innecesario discutir cuánta verdad y cuánto aprovechamiento político se mezclan en esta curiosa profecía política. En todo caso, Gabriela condenó en 1928, a 'LAS INFLUENCIAS EXTRANJERAS QUE YA SE DESNUDAN CON ABSOLUTO IMPUDOR SOBRE NUESTROS GOBERNANTES.' ¿Qué habrá sentido en su tumba la divina Gabriela cuando en el propio Congreso Norteamericano se denunció un aporte de 20 millones de dólares para abrirle el paso a La Moneda al hombre que ella creía predestinado para sentarse en el sillón de O'Higgins?

Pero es ésta sólo una digresión. Volvamos a Gabriela y la escuela:

La mistificación de Gabriela por la escuela tradicional es otra prueba de su función política: sostener y legitimar la 'PERVERSA POLITICA DE ENTREGA DE NUESTROS PUEBLOS, EL LATIFUNDIO DE PUÑOS CERRADOS QUE IMPIDE UNA DECOROSA Y SALVADORA DIVISION DEL SUELO', que tanto combatió con su bello lenguaje literario traspasado de auténtica chilenidad. ●

# Despedida a Gabriela Mistral

● R A D O M I R O T O M I C

*(Discurso con ocasión de los funerales de Gabriela Mistral. Enero de 1957)*

Bienaventurados aquellos por quienes lloran los pobres cuando mueren, porque esas lágrimas que no nacen de los vínculos de la sangre ni de la memoria de gratitudes individuales, son la señal más pura y más honda de la esencial identidad de un pueblo que se reconoce a si mismo, en el rostro de uno de sus hijos.

Solamente así puede entenderse la asombrosa identificación del pueblo chileno con esta mujer triste y solitaria.

Durante tres días y tres noches, cientos de miles de personas esperaron horas interminables, de pié, en inmensas columnas, para tener la oportunidad de mirar su figura inmóvil, en el salón de honor de la Universidad, por la breve fugacidad de unos segundos. Decenas de millares venían de pueblos y ciudades distantes en toda la extensión de nuestro territorio. Centenares de millares abandonaron aquí en Santiago, trabajo y obligaciones, deberes de familia, agrados o descansos.

¿Quiénes eran? Hombres, mujeres y niños de todos los segmentos que constituyen la nacionalidad.

¿Qué querían? Ver a Gabriela Mistral por última vez.

¿Acaso porque había obtenido el Premio Nobel hace doce años? Pero... ¿Cuántos de ellos siquiera lo sabían? ¿Cuántos hubieran podido explicar en qué consiste el Premio Nobel? ¿Y qué agrega este honor a la cara de un muerto?

¿O venían porque la muerte despierta obscuras emociones que empujan a buscar en los labios y los ojos cerrados para siempre, lo que no puede hallarse en la sonrisa y en la luz de la mirada? Pero... ¿Cómo explicar entonces la marejada humana con que el país la recibió en 1954, primero en cada uno de los puertos en que recaló el barco en que venía, más tarde al llegar a Valparaíso, después todo a lo largo de la vía férrea hasta la capital, y finalmente en la gigantesca recepción popular aquí en Santiago?

¿Podría ser tal vez por la solidaridad de clase, de ideas, de partido? Pero... ¿Quién se atrevería a reclamar 'exclusividades' sobre Gabriela Mistral sin cometer un ultraje contra el pueblo chileno y contra ella misma?

¿O fué porque sus poemas les ayudaban a iluminar sus pobres vidas; porque les daban sosiego en la ansiedad, esperanza en el desconsuelo y refugio ante la 'ráfaga nocturna' que a todos nos despierta alguna vez con su sabor a ceniza? ¡Oh no! La poesía de Gabriela Mistral no fué escrita para eso. Y si es cierto que en ella jaspea la ternura de sus rondas infantiles y de sus poemas a las madres y maestras, es más cierto aún que la angustia es la más honda raíz de su mensaje, y la muerte el manantial de su inspiración quemante.

El origen de la identificación del pueblo chileno con Gabriela Mistral es más elemental y puro. No estaban allí por los honores que ella recibiera, ni por sus ideas y ni siquiera por el significado de su poesía. La sabían suya; y en ella se sentían transfigurados. ¡En ella entera! ... En su persona majestuosa como nuestras montañas; en su dura lucha para ser quien fué; en el fuego oscuro en

que se consumía; en el desden con que miró pasar los éxitos del mundo cuando, en su hora, llegaron a su puerta. Así fué creciendo lentamente en el corazón del pueblo chileno por más de medio siglo, alzándose y alzando junto a ella al pueblo suyo como los árboles, milímetro a milímetro, lentamente, poderosamente, signo y cifra del mundo invisible del que se nutren y al cual proyectan en flor, en fruto, en grito abierto hacia el espacio.

Apenas ha muerto y todos los Poderes del Estado, todos los estamentos dirigentes de la nación, toda la gama de ideologías e intereses en que los chilenos se organizan, se dividen y se combaten entre sí, encuentran en ella un centro de reunión. ¿Por qué si el suyo no fué un espíritu de esos que llaman 'neutral'? Estuvo siempre y sin vacilaciones con los valores que defienden la dignidad del hombre y la paz del mundo...; le dolían los pobres y su mísera heredad de tierra de pobre escuela, de lágrimas y desconsuelos...; la verdad, como ella la veía, le quemaba los labios y tenía que ser dicha cualquiera que fuese el precio que tuviese que pagar.

Según las agencias cablegráficas, mientras se prolongó su larga enfermedad, más de quinientas consultas diarias se hacían al hospital de Nueva York, en que estaba internada, inquiriendo por su salud. Asombrada, la secretaria del establecimiento preguntó un día al periodista: '¿Quién es, pues, esta mujer?'

¿Quién era? Una mujer anciana, enferma y pobre, cuyos versos más hondos habían sido escritos treinta años antes y cuyo espíritu tenía en los últimos tiempos, el doloroso vuelo de un pájaro ciego. Pero, apenas murió gobernantes de decenas de países, entre ellos los Estados Unidos, la Unión Soviética y la India, y todos los de América Latina; la Secretaria General de las Naciones Unidas; el Consejo de la Organización de los Estados Americanos; el Senado y el pueblo del Perú; las Universidades Argentinas e incontables escuelas de los más variados países, hacen llegar a Chile sus condolencias; le rinden homenajes oficiales; o colocan su nombre como testimonio imperecedero.

¿Por qué...? La respuesta es que el mundo exterior también ha visto en ella un símbolo de Chile, una forma transfigurada de su pueblo. ¿Cómo, si no, explicar el eco universal de la muerte de quien, como Gabriela, tuvo siempre poco que ostentar a lo largo de su vida, y había perdido casi todo en la hora de su muerte?

No hay vida más perdurable que la de estos 'elegidos'... en ocasiones para vivir por los demás, y, en otras, para morir por los demás: santos, héroes, figuras estelares... Paradigmas de sus pueblos y a veces de la humanidad.

Gabriela es uno de ellos. Así la veíamos los chilenos, y así la veían desde más allá de nuestras fronteras. Por eso, mientras Chile sea Chile, Gabriela no morirá. ●

# Libros

**Bernardo Subercaseaux y Jaime Londoño, GRACIAS A LA VIDA, VIOLETA PARRA, TESTIMONIO** (Buenos Aires: Editorial Galerna, 1976).

Sorprendente documento es éste de la vida y obra de una generación de artistas revolucionarios chilenos vistas a través de la personalidad apasionante de Violeta Parra. Los autores presentan, no en forma panorámica sino a vastos brochazos, los comienzos del renacimiento del folklore chileno campesino y urbano y, siguiéndole la pista a la Viola, trazan el recorrido de dos o tres generaciones de cantantes activistas, desde los inseguros intentos en la década de los treinta hasta el período consagratorio en las peñas y escenarios de teatro y televisión entre 1960 y 1970.

El libro de Subercaseaux y Londoño es un documento vibrante de chilenidad, tierno, ácido, duro, envuelto en pasiones, con mucho cariño y mucho costalazo, historia desolada, triste hasta las lágrimas, pero combatiente asimismo y llena de esperanzas.

**Alejandro Sieveking, PEQUEÑOS ANIMALES ABATIDOS**, Premio Casa de las Américas, (La Habana. Casa de las Américas, 1975).

La obra de Sieveking es el producto de una larga y rica experiencia teatral. Su nítida estructura funciona con la seguridad de un mecanismo probado y capta la atención del espectador y del lector desde un comienzo con el rápido e ingenioso diálogo de personajes típicos de un medio social chileno.

El teatro de Sieveking en este caso no tiene paredes que separen a la vida de la muerte; transitamos sabiendo que vivimos a vivir un *poco*, a morir un *poco*, pues la palabra *todo* no parece haber sido hecha para nosotros.

Sin remachar verdades ni gritar consignas, ni deletrear el drama, la obra de Sieveking hace vibrar la tragedia chilena y la deja penando en un ámbito que no tiene, no puede tener fronteras.

**Antonio Skármeta, SONE QUE LA NIEVE ARDIA** (Barcelona: Planeta, 1975).

Skármeta habría escrito esta novela con o sin el 11 de Septiembre de 1973. Su arte consiste no sólo en rescatar un idioma preservado por las gentes de nuestros barrios contra la retórica y el eufemismo del medio pelo, sino también en captar, la fuerza escondida y la tensión poética del lugar común. En el marco de una cancha de fútbol y una casa de pensión presenta un microcosmos del medio siglo chileno y sugiere las razones esenciales del descalabro del 73. Skármeta produce un coro de voces populares, recias, dolidas, tiernas, combativas. En ellas resuena la historia de la selección chilena que siempre ganó "victorias morales" mientras perdía todos los partidos decisivos por goleada, del país bueno para el gloriado de los mitos escenificados, pueblo sufrido y estoico, noble en sus caídas de medianoche tanto como en sus clarinadas de amanecida revolucionaria, el Chile de Recabarren y Allende, de las pampas salitreras, los piques de Lota, urbano y campesino, insular, desplanificado. Esta novela suelta al aire las quejas de una derrota y las recoge y las convierte en imágenes de un pueblo inalterablemente dispuesto a reconquistar la libertad que le usurparon.

**Hernán Valdés, TEJAS VERDES, DIARIO DE UN CAMPO DE CONCENTRACION EN CHILE** (Barcelona, Ariel, 1974).

La primera vez que se lee este libro se tiene la sensación vertiginosa de haber visto un film prohibido, un encadenamiento de violentos noticieros; la cólera, el horror, la vergüenza, vienen después como acción retardada. Valdés narra con absoluta veracidad y sin temor. La verdad le da fuerza, el valor le da vuelo, su parquedad lo carga de pasión. El testimonio se convierte en obra de arte que seguirá leyéndose en Chile y fuera de Chile cuando todas las historias se hayan cerrado con sus encinas y barro arañas a media asta.

**Alejandro Witker, PRISION EN CHILE** (México: Fondo de Cultura Económica, 1975).

El documentado libro del Profesor Alejandro Witker, que lleva varias ediciones, autentica los mismos hechos que relata Valdés; sin embargo, allí donde Valdés se mueve en clave, Witker pone nombres y apellidos. Obra conmovedora, espeluznante, desnudamente dramática, contribuye poderosamente a perfilar con relieves inolvidables la historia de un período decisivo para la sociedad chilena.

**Leonardo Carvajal Barrios, DEFINICION DEL OLVIDO** (La Habana: Premio Casa de las Américas, 1975).

Siete relatos son éstos contados por una voz angustiada, sin aderezos de ninguna clase. El cuento ha nacido con el escritor en las circunstancias de su propio duelo a muerte. No hay aquí entusiasmo romántico ni vuelo de imágenes abanderadas, sólo el conocimiento íntimo de la madeja que va tejiendo el movimiento popular. El diálogo es mínimo, la ambientación se logra con poquísimos detalles, la acción envuelve rápidamente la estructura narrativa. Hay resabios de una literatura criollista de tendencia sentimental, pero ellos desaparecen ante el movimiento acelerado de la acción, el planteamiento sencillo de postulados políticos y el golpe siempre eficiente de los desenlaces. "La carta" y "El soldado" son muestras indudables de la mejor narrativa joven chilena.

# Documentos

## ADIOS CULTURA

(De 'Evaluación Cultural' No.1, Buenos Aires)

La crisis económica y las decisiones recientemente adoptadas por la Junta Militar chilena para equilibrar el presupuesto fiscal, así como diversas medidas políticas 'de excepción', han provocado grandes quebrantos a la industria del libro.

La editorial estatal Quimantú (ahora rebautizada Gabriela Mistral) se dedica en la actualidad a publicar libros intrascendentes, tales como las obras de Julio Verne, y textos políticos de ciertos clásicos del antimarxismo, como *El rescate de Chile*, del peruano Eudocio Ravines, entretanto, los talleres literarios de Santiago y otras ciudades del interior, tan activos durante el gobierno de la Unidad Popular, se han llamado al más absoluto silencio.

Los autores se quejan de que las editoriales sólo tienen interés en publicar obras que prometan ganancias inmediatas, en tanto que las editoriales señalan que sus ventas han disminuido en más del 30% durante el último año. La crisis económica y la hiperinflación han transformado a los libros en artículos de lujo para la población chilena. Una novela de moda, como *Abbadón el Exterminador*, de Ernesto Sábato, cuesta en librerías cerca de siete dólares. Dentro de tal panorama, la nota cómica (o dramática) corre por cuenta de la censura, que acaba de prohibir por 'subversiva' la tira cómica *Mafalda*, de Quino.

## NUEVAS GENERACIONES.

### LOS ESCRITORES SIN LIBROS.

(De 'Ercilla' No. 2085, Santiago de Chile)

Darío Oses:

'He sabido por referencias que publicar en este momento es imposible, a no ser que se trate de Alberto Blest Gana, o algún otro fósil enterrado, entre las listas de lectura obligatoria de los colegios. Por otra parte, es evidente la carencia de mercados, es decir, de cantidad y calidad de lectores, a los que en estos momentos puede llegar el libro chileno. Esto da la sensación que publicar un libro en Chile es como desperdiciarlo.

Marco Antonio de la Parra:

'En Zig-Zag fué recibido con gran amabilidad, informado con gran beneplácito, muy bien catalogado por la comisión lectora, pero con el problema de ser 'arduo para neófitos' y

'considerando el momento económico', devuelto a su autor con toda simpatía, sin hipocresías de ninguna clase, con toda conciencia de las circunstancias y aconsejando 'no dejar de escribir' y 'seguir en la misma línea'.

Enrique Valdés:

'A pesar de tener una triste colección de más de diez diplomas, dos feas medallas y dos libritos de poemas publicados por mi bolsillo, más un dudoso prestigio de poeta, mi derecho a publicar estaba vedado. Mi *Ventana al sur* estuvo terminada en 1969 y fué rechazada por las Ediciones Universitarias de Valparaíso en 1970 y por la Editorial Gabriela Mistral en 1974, sin esgrimir ninguna razón de tipo literario. La indiferencia, la falta de generosidad y de interés, y el poco respeto con la obra del escritor joven son costumbres nefastas de nuestros editores, incluso estatales. Así no estimulan nada, excepto la mediocridad y la palpable ausencia de buenos escritores en nuestro ambiente.'

Sonia Quintana tiene ideas muy claras sobre el peligroso paso de las generaciones:

'En estos momentos, mis diez cuentos encarpados empiezan definitivamente a penarme y tengo la sensación de que no podré emprender una nueva aventura literaria si no termino primero ésta. Creo que estoy formando parte de la más inédita de las generaciones y lo peor es que estoy pensando que, si no tomamos medidas al respecto, vendrá la próxima generación muy luego y nosotros habremos quedado formando parte de un extraño paréntesis.'

## DESDE EUROPA

El Centro de la Defensa de la Cultura Chilena obtuvo por 21 votos contra 1 y 4 abstenciones que el Pen Club Internacional suspendiera por un año al Pen Club Chileno.

La resolución dice que, teniendo en cuenta la muerte de escritores, víctimas de la represión, y que otros están en prisión todavía, sin proceso, o sufren distintas formas de persecución, y que, por otra parte, el Pen Club Chileno no está preparado para ayudar a sus colegas e incluso se desentiende de la realidad que sufren, se resuelve suspender por un año al Pen Club Chileno y designar una comisión investigadora que deberá informar sobre esta situación.

La delegación chilena que concurrió a la reunión del Pen Club Internacional en La Haya estuvo formada por los escritores Ariel Dorfman, Nelson Osorio, Antonio Skarmetta, Hernán Valdés y Fernando Quiligrán, en representación de escritores chilenos en el exilio.

Esta es la segunda vez en la historia de la institución que se aplica una sanción de este orden. La primera fue la expulsión del Pen Club de Alemania en la época de Hitler.

# LITERATURA CHILENA en el EXILIO

Mailing address:

FERNANDO ALEGRIA  
DIRECTOR

P. O. Box 3723  
Stanford, CA 94305

DAVID VALJALO  
EDITOR

P. O. Box 3013  
Hollywood, CA 90028

- PUBLICACION CADA TRES MESES
- CUATRO VECES AL AÑO
- ENERO • ABRIL • JULIO Y OCTUBRE
- SUBSCRIPCION ANUAL • INDIVIDUAL \$ 10
- INSTITUCIONES \$ 16
- NUMERO SUELTO \$ 3

## Los Autores

PABLO NERUDA *Premio Nobel de Literatura (1971)*

GABRIELA MISTRAL *Premio Nobel de Literatura (1945)*

BERNARDO SUBERCASEAUX *Critico y ensayista. En la Universidad de Harvard*

POLI DELANO *Cuentista. Reside en México. Premio Nacional de Cuento (1975)*

JUAN EPPLE *Narrador y ensayista. Actualmente en la Universidad de Harvard*

LUIS DOMINGUEZ *Novelista. Ex-director de la Escuela de Periodismo de la*

*Universidad Católica de Chile. Actualmente en Nueva York*

HERNAN VALDES *Poeta y novelista. Reside en España*

OMAR LARA *Poeta. Fundador de la Revista Trilce de Valdivia. Actualmente en Rumania*

LUIS ROBERTO VERA *Poeta. Reside en California*

JUAN EDUARDO ESQUIVEL *Poeta. Reside en California*

EFRAIN BARQUERO *Poeta. Reside en Europa*

DAVID VALJALO *Poeta y narrador. Ex-Agregado Cultural (Ad-honorem) en California*

JOSE DE ROKHA *Poeta y pintor. Ex-agregado Cultural en México, donde actualmente reside*

SERGIO MACIAS *Poeta. Reside en Alemania*

JAIME VALDIVIESO *Poeta y narrador. Actualmente en la Universidad de Houston*

MAHFUD MASSIS *Poeta. Ex-Agregado Cultural en Venezuela, donde actualmente reside*

OSVALDO RODRIGUEZ *Poeta y cantante folklórico de protesta. Reside en París*

MIGUEL OTERO SILVA *(Venezolano) Novelista y escritor*

ESPIGA *Seudónimo*

ARMANDO CASSIGOLI *Narrador. Ex-Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Reside en México*

GONZALO ROJAS *Poeta. Ex-Director del Departamento de Castellano de la Universidad de Concepción. Reside en Venezuela*

ALEJANDRO WITKER *Historiador. Ex-Profesor de la Universidad de Concepción. Reside en México*

RADOMIRO TOMIC *Ex-Parlamentario. Ex-Embajador de Chile en Washington. Reside en Suiza*

# LITERATURA CHILENA EN EL EXILIO

